



GENII

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — **Ramón Liarte:** Equilibrio social. — **Eugen Relgis:** Con Georg Fr. Nicolai en Sudamérica. — **Carpio Carpio:** Este clavel rojo de la libertad. — **Cosme Paulés:** Las huellas de un peregrino: Eugen Relgis. — **J. M. Muñoz Congost:** Crisis del capitalismo y superabundancia de panaceas. — **F. Ocaña:** De Unamuno a Benavente. — **Severino Campos:** El problema del hambre en la sociedad contemporánea. — **Angel Samblancat:** El Yerbai Paraguayo. **Denis:** La cortesana. — **R. L.:** El circo. — **Claude Bernad:** El corazón. — **Alfonso Vidal y Planas:** Nueva York. — **Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón). — **Abarrategui:** Soy español... también.

164

Mayo - Junio 1965

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

NUESTRA PORTADA

VERITAS

La verdad. La verdad es el objetivo número uno por excelencia que se busca en todas las ramas del saber. Después de la verdad ya no hay nada. Antes de ella la mentira.

«Vitam impendere vere» fue la divisa de Juvenal. Jean Jacques Rousseau la hizo suya.

Muchas veces surgen conflictos entre los humanos por desconocer el sentido exacto de lo que debe aceptarse como verdad. A menudo se confunde la Verdad —como definición— con la realidad, que puede fácilmente esconder la verdad.

No todo lo que es evidente suele ser verdad. No siempre la verdad está revestida de su carácter permanente.

Existe la Verdad de la experiencia que puede ser diferente a la Verdad racional o del raciocinio.

Hay una verdad que garantiza cierto sentimiento universal en contra formal de la Verdad concebida por la razón puramente personal, peculiar y distinta en cada ser.

Y a pesar de todas esas facetas de la Verdad, de todas esas contradicciones, afirmamos fuerte y solemnemente que el objetivo número uno del hombre es ir en busca de la verdad.

¿La encontrará? Es igual. Hay que ir hacia ella, a por ella, con ella.

Consagremos la vida a la verdad.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guiraud, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage

F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XV

Toulouse, Mayo-Junio 1965

Nº 164

EDITORIAL

Hombres y pueblos sacrificados

La demagogia reaccionaria intensifica su acción. El neo-fascismo organiza sus legiones. Los buhos erizan su plumaje. Lanzan graznidos para atemorizar a las capas llanas. Por contra, el proletariado internacional vive en la inopia. Duerme como un bendito mientras el monstruo absolutismo se ensaña con sus amigos más fieles, con los pueblos que tiene la obligación moral de defender.

El asesinato del general Delgado preocupa a los Gobiernos de Madrid y Lisboa. ¡Qué sarcasmo! Los chacales nunca dan la cara cuando han devorado a su presa. Los partidarios del desaparecido general acusan a los poderes macabros de la Península Ibérica del crimen sin nombre. Badajoz ha sido la tumba del líder de la Resistencia portuguesa y de su fiel secretaria. Mas no ha existido rastro. El ministro de Información y Turismo del «caudillo» satánico ha salido al paso manifestando: «El honor de España no puede ser comprometido en un hecho que condenamos.» ¡Asesinos! Dejad tranquila a la desventurada España. Ella no tiene nada que ver con el crimen; pero vosotros, tened la valentía de reconocer vuestras enormes responsabilidades. Cuando tantos crímenes se han cometido, uno más o menos, no lavará vuestros pecados de lesa humanidad. Delgado tuvo la audacia de entrar en la boca del lobo y la bestia no perdona.

Por otra parte, la rebelión congoleña entra en su fase de declive. Con la muerte de Patricio Lumumba y de sus leales compañeros de lucha, se perdió la gran posibilidad de asegurar la victoria de otro pueblo sacrificado. Lumumba era la acción y la inteligencia. Hombre preparado culturalmente, de vocación libertaria, sabía luchar con talento. Conocía la debilidad del enemigo y lo atacaba en todos los frentes. Percatadas las fuerzas fascistas europeas y norteamericanas de la capacidad de iniciativa y organización que poseía Patricio, se pensó en suprimirlo rápidamente. La plutocracia

internacional consiguió su objetivo nefando: «Muer-to el perro, muerta la rabia», gritaron los buitres de todas las encrucijadas. Y a partir del repug-nante asesinato de Lumumba, los cuadros de la liberación del Congo quedaron desorientados, par-tidos. La pérdida de un hombre de valía, de tan singular capacidad ideológica y moral, no es cual-quier cosa. Los pueblos, acaso no sepan valorar en toda su grandeza a sus mejores hombres, mas la reacción los mide y los pesa para no equivocarse en sus cálculos inconfesables. El puesto que mo-ralmente debía ocupar Patricio Lumumba, lo ocu-pará indebidamente el renegado Tshombe. Y los pueblos árabes contemplarán desde lejos, indife-rentes y nostálgicos, los acontecimientos congo-leños, diciendo con resignación: «Cada uno en su casa y Alá en la de todos.» ¡Pobres vencidos! Cabiz-bajos, deshechos, convertidos en carne fresca echada a la fiera reaccionaria, los míseros negros del Congo, volverán a ser lo que siempre fueron: esclavos. El oro norteamericano ha podido más que las ansias de libertad de un pueblo; las legiones de mercenarios han destrozado sin piedad a los vencidos y humillados. Es la victoria maldita. Y todo en nombre de la democracia prostituida, da-ma de honor cantada por Mirabeau, transformada en ramera cochambrosa.

Y en última instancia, la República Dominicana sufre pareja suerte. Frente a la voluntad de un pueblo, cuya decisión respetamos, sin entrar en terrenos ajenos, los norteamericanos refuerzan su hegemonía militar. La verdad es una y no tiene vuelta de hoja: el pueblo dominicano saluda el regreso de Juan Bosch, legalmente elegido en di-ciembre de 1962 a la Presidencia por más del 60 por 100 de los sufragios del país. Pero los Estados Unidos de América han encontraio la frase justa para justificar su injustificable actitud: «Son cas-tristas, comunistas, enemigos del orden.» ¿De qué orden? ¿Del orden inmoral, de la corrupción ver-gonzosa, de la infamia amparada, de la degene-

ración sembrada a voleo por los traficantes norteamericanos en todos los países latinoamericanos? No es extraño; también Norteamérica tuvo su hombre en esta época, y las fuerzas del mal lo asesinaron. El programa de Kennedy, «Frontera abierta», duerme en la carpeta de su sucesor, y los pueblos de sudamérica tienen que rebelarse para ser, o para tratar de ser libres. No es culpa suya si al volver de un callejón, entran en otro, que tampoco tiene salida. Los pueblos van a tientas buscando la libertad. No siempre encuentran el camino anchuroso, la vía fácil. ¿Cómo han de encontrarlo si quienes deberían trazarles la ruta a seguir los sitúan al borde del precipicio?

Volvemos a las andadas. Los tiempos han cambiado; pero los procedimientos de imposición y tiranía son los mismos. El imperialismo, el nacionalismo, digámoslo sin ambages, el Estado petrifica las tinieblas de la tiranía sobre el horizonte internacional.

Idénticos métodos. La violencia cabalga sobre el Derecho. El Atila estadounidense clava su guante de hierro sobre los pueblos y los hombres que luchan por la independencia y la libertad. Es la legión bárbara de los nuevos conquistadores. La fuerza divinizada en los templos. Zoología nefanda de civilizadores que sólo levantan vientos de odio y rencor. Una República de ensueños y delirios universales, transformada en pugna de razas. Ku-Kus-Klan de la prehistoria, imponiendo su imperio ciego en pleno siglo XX. Pero los triunfos cosechados con lágrimas y sangre no son nunca definitivos.

El mundo del trabajo y la libertad tiene un gran cometido: redoblar la lucha por el Derecho, formar un movimiento de solidaridad internacional. No hay males ajenos. Tu desgracia es mi desgracia, tu esclavitud es mi vida encadenada. Hay que desterrar los pequeños egoísmos y sentir el gran egoísmo personal: la liberación humana. No hay otra causa mayor ni más justa.

¡España, Portugal, el Congo, Santo Domingo! Existe un problema de moral. Por encima de naciones y fronteras, de Derecho universal que hay que resolverlo de abajo arriba. Sin solidaridad total, sin lucha permanente, sin fomento de planes comunes para derrocar a las fuerzas reaccionarias y fascistas de todos los países, no ganaremos batallas efectivas. El capitalismo es uno e idéntico en todas partes. Está unido férreamente. ¿No ha de saber unirse la clase trabajadora para defender su derecho a la vida? Hacen falta nuevos pioneros al servicio de todas las causas justas. Necesitamos hombres decididos y esforzados como existieron en otros tiempos. Esta sí que es una crisis sin fronteras: crisis de hombres, de valores a toda prueba, de rebeldes al servicio de la justicia. Esta es la crisis que hay que superar cueste lo que cueste.

El sacrificio de los hombres lleva implícito el sacrificio de los pueblos. Cuando cae, segada por el verdugo, una gran cabeza, la sociedad tiembla y los mercenarios lanzan su carcajada demoníaca. ¡Ojalá que pronto..., no haya ningún tirano sobre la tierra, ya que la piel de todos los verdugos no vale lo que la vida de un hombre!

ECOS

Esta revolución no puede lograrse ni con cataplasmas pasajeras ni con medidas de seguridad social que sólo sirven para paliar las injusticias de un sistema.

« El Sepulcro de Sancho Panza » - González Estefani.

ACCION Y CARACTER

EQUILIBRIO SOCIAL

A mediocridad no se adapta al justo medio.

Carece de equilibrio interior para encontrar la zona serena de la responsabilidad.

Es el equilibrio en el orden de las ideas, lo que la paz en el concierto creador de las sociedades. Se empequeñece el hombre cuando trata de dominarlo todo por la violencia sin tener un sentido exacto de su medida; es decir, de su capacidad de creación. Se ha hablado, en demasía, del extremismo revolucionario. Y se ha caído en el tópico sobado, en la demagogia.

Actualmente se llaman extremistas los desequilibrados que pretenden imponerse por la violencia. La voz revolución ha sido deformada de manera caprichosa. Los peores enemigos del pueblo, los rezagados moralmente, también se consideran revolucionarios, cuando en realidad no son, ni más ni menos, que vocingleros de la revolución. La revolución consciente, bienhechora, es una cosa demasiado seria para dejarla en manos de extraviados mentales. Las leyes del equilibrio interior y exterior, nos dicen:

Sólo se es grande cuando en vez de pertenecer a un extremo, se tocan los dos a la vez.

Los libertarios somos hechura y encarnación del pueblo. Queremos servirlo desde las organizaciones del trabajo. Nos mueve la finalidad de acabar con la explotación para que el hombre pueda vivir dignamente. Quien pretenda esclavizar a éste para que siga echando raíces el árbol de la injusticia histórica, no puede llamarse revolucionario porque es enemigo del hombre.

Lo esencial es religar la moral, hermanar la justicia; crear la fuerza responsable para hacer triunfar la causa del bien y defenderse de todos los absolutismos, así de derecha como de izquierda. La razón sin la fuerza no prevalece, la justicia sin la organización racional y humana de la sociedad, no sale victoriosa. La fuerza huérfana de amor incuba la opresión.

Somos el anarquismo organizado. Respetamos la ley de mayorías porque con todos los defectos que ésta tenga, siempre es un examen limpio y directo de la voluntad colectiva. Para vivir organizados es preciso tener una medida social, un concierto orgánico, un sentido de moderación creado por el orden del trabajo. Nada hay más aleccionador que la experiencia. Si la colectividad cae en error, a rectificar tocan. Que no sólo rectifican los sabios y los genios. Los hombres modestos y estudiosos, también saben enmendar lo que ha sido mal concebido y realizado. Ahí reside el valor moral de las minorías: en saber señalar el error y en prepararse para convencer a los que no supieron expli-

carles con claridad meridiana sus puntos de vista. Pero si las minorías que se creen infalibles caen en el vicio de la imposición, y en ese mismo momento pierden la razón, ya que no saben emplearla, usarla, con justicia. Y ocurre lo de siempre: que es peor el remedio que la enfermedad.

Hay que saber perder con elegancia moral, para ganar con humildad y delicadeza de carácter. Eso es fortaleza de ánimo, altruismo. Ni perdiendo ni ganando debemos ser dominados por la soberbia. Pues, en definitiva, no hay nada que tenga un sentido absoluto. Y el peor de todos los absolutismos es, sin duda, la infalibilidad.

Por ser anarco-sindicalistas no nos consideramos infalibles. No tenemos el don providencial de lo absoluto; lo único para todos los tiempos. Eso queda para las religiones, para las concepciones cesaristas. Anarquismo es ciencia y moral, vida y experiencia: sabiduría revisándose a sí misma. Y, es nuestro sindicalismo, el sindicalismo libertario, una fuerza laboriosa y creadora, que, por ser social y popular, humana, ha sido elevada a la categoría de doctrina. Es realidad de nuestro tiempo, médula de la organización futura y renovación universal.

Por ser revolucionarios en el más alto sentido del vocablo, opinamos que, la instauración de la justicia, la seguridad del Derecho depende directamente de la liberación de todas las clases, del entendimiento entre los hombres, de la fuerza potencial del trabajo, creando una sociedad libre y justa, capaz de reconciliar a todo el universo hoy dividido en castas, intereses, egoísmos y pasiones desencadenadas.

Queremos hacer del trabajo un campo de placer, de alegría. El trabajo que debería ser fuente de felicidad, se convierte, a menudo, en manantial de rencores y desdichas porque carece de organización racional y equitativa. Si el individuo económico-productor es un ser determinante, vital, en la marcha ascendente de la evolución, hay que poner la riqueza producida al servicio del hombre. Ciencia y producción, cultura y progreso, deben estar a disposición del hombre y no para esclavizarlo. Por encima de todos los adelantos está el ser humano, que debe disfrutarlos. No se ha hecho el hombre para la máquina, sino la máquina para el hombre.

Mediante el trabajo organizado se han conquistado estadios de independencia. El pensamiento se va liberando cuanto más fuerza de unidad alcanza para consolidar sus prerrogativas. Luego, lo esencial, es poseer ciencia sin dejarnos esclavizar por ella.

Crece el mundo de manera incalculable. Los pueblos se desarrollan; se multiplican los hombres. Los Estados se hacen cada día más poderosos, más violentos y agresivos. ¿Cuál es el mal de esta época cargada de tribulaciones y desasosiegos? El desequilibrio social, la mala distribución de la riqueza. Mientras el trabajo no consiga vencer al oro; mientras los hombres continúan viviendo, si vida puede llamarse, divididos en poderosos y oprimidos, se conseguirá el aumento de la economía, la acumulación de la riqueza, pero no se llegará a la equidad y la fraternidad.

Fue Goethe quien dijo: «Quien es de su tiempo, es de todos los tiempos.» Hay que seguir el ritmo de la ciencia, poniéndola al servicio del interés recíproco de todos. Necesario es vivir cada instante, de tal manera, que, siempre estemos en condiciones de avanzar hacia una nueva aurora de manumisión y progreso general. Nuestro sindicalismo revolucionario tiene una filosofía de raíz libertaria. En esa doctrina reside su ética, su moral. Pero los días pasan y la ciencia avanza. Para que nuestro sindicalismo sea brazo y cerebro, conciencia y luz de la nueva sociedad, importa que lo renovemos constantemente con las experiencias y descubrimientos que se ofrecen al humano vivir. La organización política se halla en quiebra. En la organización profesional, en el entronque de

las organizaciones del trabajo, en la federación y socialización de la economía, reside la estructura social que nosotros proponemos. Perfilar nuestros planes, estudiar diariamente lo que debemos hacer; organizar y más organizar, para que no haya pérdida de energías y esfuerzos, es hacer labor revolucionaria, realizando la revolución de cada día, de cada año, de un tiempo que pertenece a todos los tiempos.

Luchamos y trabajamos para el hombre. Pensamos y sentimos para ayudarle a conquistar su libertad y su dignidad. Un método que no sirve debe ser desechado; una idea que tiene valor intrínseco, permanente, debe conservarse como las pupilas de nuestros ojos. Conservar lo bueno, lo que tiene voz de historia y proyección de eternidad, es propio de revolucionarios, de hombres amantes de lo nuevo, de lo mejor.

Servir a la organización y no entorpecerla; cultivar las parcelas íntimas del conocimiento y la bondad para la causa del bien; crear un hombre libre para un mundo libre; producirnos y proyectarnos en la esfera de la noble convivencia y el respeto, tales son los fundamentos del sindicalismo libertario, de la revolución que patrocinamos, del anarquismo que, como dijera Eliseo Reclus, es la más alta expresión del orden.

RAMON LIARTE

JOVENES:

vosotros y el pueblo
sois la esperanza;
vosotros... sin el pueblo,
sois la amenaza.

J. Martín «Juventudes de hoy».

Con Georg Fr. Nicolai en Sudamérica (1)

EN diciembre de 1947, el mes de mi llegada a Montevideo —la capital uruguaya bañada por las aguas del Río de la Plata, tan ricas de la substancia de las selvas sudamericanas— envié hacia el otro océano, el Pacífico, mi saludo de reencuentro al profesor Georg Fr. Nicolai, radicado en Santiago de Chile. Pues —aunque se le olvidó demasiado en Europa— él era uno de sus mejores defensores; era, y es todavía, el representante de esa noble ciencia que busca las leyes de la vida y que proclama las eternas verdades morales, a fin de libertar al hombre; era el gran combatiente del Espíritu, que afronta al Molock de la guerra y que nos dio —con su «Biología de la guerra»— a los pacifistas humanitaristas, nuevos medios científicos para ampliar y profundizar la acción.

El profesor Nicolai me precedió en esta tierra sudamericana hace más de cuarenta años. Desde 1922 realizó su inmensa obra, por sus propias investigaciones, con la perseverancia silenciosa del genio, en varios centros universitarios de estos países todavía «salvajes» (o subdesarrollados) a pesar de las apariencias del americanismo técnico. La existencia de este sabio combativo no ha sido confortable, como lo es la de los sendosabios a sueldo de los poderosos que ocultan la verdad y cultivan ficciones engañosas para mantener a las masas en la ignorancia y la esclavitud. «Mi vida durante este tiempo ha sido la de un vagabundo», me escribía el 1.º de mayo de 1937. Estuvo peregrinando de una universidad a otra, sin plegarse a las normas rancias ni a las intrigas de las capillas, coaliciones de la mediocridad y de la envidia. Larga y dolorosa historia es la que ofrece la lucha de este «Gran Europeo» (como lo llamó Román Rolland) en medio de la selva de errores y supersticiones que persisten en la propia Europa, y que apenas comienza a desbrozarse en América.

Yo tuve que recomenzar sus propias experiencias. He sentido las punzadas de un ambiente semicivilizado, las tentaciones de la somnolencia tropical, del **dolce far niente**, en ese clima donde las razas se han mezclado más íntimamente, para preparar, quizás, generaciones más energías y más felices. Y casi en todas partes por donde he pasado durante mis primeros años de residencia americana, encontré las huellas intelectuales y éticas del profesor-militante. En Buenos Aires, en el Colegio libre de Estudios superiores (donde expuso sus

«Fundamentos reales de la Sociología»); en La Plata, ante los estudiantes de la Universidad oficial o ante el público de la otra Universidad, popular, pero más libre; en Rosario, donde supe de algunos «detalles» relativos a la lucha del sabio, gigante extraviado entre pigmeos. En la Universidad de Córdoba, continuó durante siete años su doble lucha: por la ciencia soberana y libertadora, y contra el dogmatismo que repite las antiverdades de más de doscientos años atrás, contra la mezquindad que traba las investigaciones del pensador independiente, valiéndose del jesuitismo parasitario, la falsa tradición y el falso patriotismo. Hay que leer su confesión, irónica, amarga y, sin embargo, serena, que recuerda a los humanistas del siglo de Erasmo y de Castello, confesión que G. Fr. Nicolai escribió al abandonar aquella Universidad por la de Rosario. De aquí partió más tarde a Europa, en una gira de conferencias, desde España hasta la URSS, y, a su regreso, pasó los Andes para seguir con sus trabajos en la Universidad de Santiago de Chile, durante más de treinta años.

Este **Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa** es digno del combatiente por la verdad, la libertad y la paz que, en 1914-1918, afrontó al Kaiser alemán y a su casta militar. Sus empeños en Europa le dieron recio temple, y, como Humboldt, como los audaces exploradores de siglos pasados que partieron hacia las vastas y aún desconocidas regiones del continente americano, G. Fr. Nicolai se dirigió a Sudamérica, en exilio voluntario, para explorar los dominios del alma y de la inteligencia humanas, realizando al mismo tiempo sus obras de biólogo, fisiólogo y sociólogo.

En Berlín fue perseguido durante la primera guerra mundial. Y también lo fue bajo la República (¡la de Weimar!). Los estudiantes saboteaban sus cursos, los supernacionalistas exigían que se le juzgara «por sus crímenes contra la patria alemana», junto con A. Einstein y W. Foerster, rehusó solidarizarse con los lacayos doctorales del militarismo. Su «Biología de la Guerra» la escribió, de memoria, en la prisión. Dirigió a los europeos su llamamiento por la unidad, por la gran «patria cultural».

Y siguió siendo el mismo en América del Sur. Fue el profesor que estudia, como naturalista, las manifestaciones más diversas de la vida, y el luchador sin tregua por la libertad de los individuos, por la paz de los pueblos. Para sus colegas y amigos de Europa aparecía como aislado, en su silencio tenaz, incluso decepcionado. Durante años no les hizo llegar directamente alguna señal. Por dos o tres veces logré hacerle salir de ese silencio hacia nosotros, los europeos. Su contribución a mi

(1) El gran científico y humanista falleció no-nagenario, el 8 de octubre de 1964, en un hospital de Santiago de Chile. El texto que publicamos será incluido en la nueva edición, ampliada, del libro de Eugen Relgis, titulado «Georg Fr. Nicolai, un sabio y un hombre del porvenir».—N.D.L.R.

encuesta «Los caminos de la Paz», puede situarse en el mismo alto nivel que su «Llamamiento a los Europeos» (1920). En su carta de 8 de diciembre de 1929 me decía: «...Si callo es también por la confianza optimista en las realidades... Estoy convencido de que el mundo despertará al fin, que abrirá los ojos, asombrado, y verá entonces, no ya que él quiere unificarse (pues jamás se llega a tal decisión), sino que ya es un mundo unitario.»

Constituía para mí un motivo de júbilo, cuando encontraba en la prensa algún testimonio de la acción social del profesor. En la conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo, en Buenos Aires, el 7 de agosto de 1930, cuando se echaron las bases de la «Asociación Antimilitarista Argentina» anunció proféticamente la sociedad mundial, la patria universal... Esta unidad del mundo —declaró— ha sido el sueño de todos los hombres que fueron grandes: Buda, Sócrates, Cristo, como también Kant, Rousseau, Victor Hugo, Goethe, etc. Todos soñaron con eso: la unidad humana, la humanización del hombre, puesto que los hombres no están divididos en razas incapaces de comprenderse, dado que todos pertenecen a una misma especie.»

Estas líneas —que prueban que el «Gran Europeo» había superado su primera etapa, la de la unidad continental, para ir a la unidad del mundo como verdadero ciudadano de la humanidad— están extraídas de un informe que apareció en «Bandera Negra» (Buenos Aires, 30 de agosto de 1930), y que me llegó entonces a Rumania, país «periférico», encerrado entre Oriente y Occidente. En el mismo número se publicó mi introducción a la encuesta sobre los caminos de la paz. Supe después que «Bandera Negra», periódico libertario y pacifista, había sido suprimido por el famoso general Uriburu, al igual que toda la prensa independiente. El redactor y alguno de sus colaboradores (entre ellos Rodolfo González Pacheco) fueron deportados a Ushuaia. Ese lugar perdido de la Patagonia era para nosotros algo parecido a la Siberia de las tempestades de nieve. Uno de los compañeros se refugió en el Uruguay, llevándose los manuscritos de mi encuesta.

Tres lustros después, bajo el régimen peronista, la prensa libre estuvo nuevamente amordazada. Los perseguidos buscaban un refugio precario en otros países sudamericanos. Las olas de la tiranía política, del totalitarismo (que no es una «invención» estrictamente europea) hacían y hacen hoy todavía estragos en ambas orillas, la del Atlántico y la del Pacífico. La reacción, sea de derecha o de izquierda, perdura también en esta América que —según una declaración del profesor Nicolai, en Berlín, 1921— debía ser la cuna de «la nueva Europa». Si bien no tuvo que afrontar, en su destierro de Chile, las mismas persecuciones del viejo continente, este pensador lúcido y firme sabía que

la verdad humana es una realidad biológica planetaria y que ella tiene raíces demasiado profundas en esta tierra ensangrentada, para que la pueda arrancar la casta de los políticos, secundada por los mercenarios que traicionan la cultura, para servir a los verdugos atrincherados tras sus bolsas de oro y de sus armas mortíferas.

La reacción «cultural» —ideológica— es siempre la máscara de la «reacción política». Hay que arrancar esa máscara y mostrar el rostro repugnante del Mal: la mentira, la envidia, el odio, la concupiscencia forman los rasgos del tirano, sea éste de «derecho divino» o bien «elegido por el pueblo trabajador». ¡Aplastemos al infame! Este grito que lanzara Voltaire contra la tiranía clerical, tiene hoy una resonancia más vasta y más profunda. Pues el infame de nuestra época es la «religión» cínica y cruel de la Autoridad, del absolutismo estatal, que dirige el destino de los individuos y de los pueblos desde la cuna hasta la tumba.

El verdadero sabio es también un combatiente por la libertad del Hombre, un combatiente que emplea las armas vivas de la cultura. «¡Aplastemos al infame!», sobre todo en los sagrados reductos de la cultura universal, en Europa, en América, en Asia. El imperativo del progreso es omnipotente. Nos lo dice G. Fr. Nicolai en la última página de su «Homenaje de despedida» a la Universidad de Córdoba, al referirse a los defensores de la tradición: «Vendrá un día en que su espíritu original y fecundo sucumbirá a las aspiraciones modernas; ha desaparecido el indio con plumas, ha desaparecido el gaucho con trenzas, boleadores y espuelas de plata, y así desaparecerá también la fundación de Trejo y Sanabria con su bronce y su lienzo! Nada hay de eterno bajo la luna que cambia»...

Ahora, que el nonagenario profesor ha cumplido en tierra sudamericana su vida laboriosa y solitaria, podemos contemplar su inmensa obra. Es rica, multifacética y hermosa esta obra como una de las catedrales de la Naturaleza, que se renuevan constantemente bajo apariencias a veces contradictorias, pero que hunden sus fundamentos en realidades elementales e imperecederas.

Georg Fr. Nicolai nos queda como un precursor que ha rehabilitado a la Ciencia, en tanto que otros «hombres de ciencia», los que se lucran con ella, la han hecho hincarse de rodillas ante los amos temporarios, en el fango de la guerra y de la dictadura. Pues una ciencia sin conciencia es siempre una vanidad sangrienta.

Y esa noble conciencia de nuestro tiempo, ese espíritu penetrante e inflexible del profesor Nicolai, sigue siendo para nosotros, sus contemporáneos, el ejemplo del sabio independiente que, a semejanza de sus grandes predecesores, no olvida que él es también un misionero de la Humanidad.

EUGEN RELGIS

Este clavel rojo de la libertad

por Campio CARPIO

QUIEN vea un sombrero negro, de ancha ala, que recuerda al poeta Federico Mistral, un cigarro de hoja y un clavel rojo, sin temor a equivocarse, puede asegurar que, dentro o prendido a estos adminículos municipales está Antonio Zamora. Es decir, uno de los pocos entre los 7.000.000 de ciudadanos que pisan, pueblan y pesan sobre este suelo de la capital federal argentina y provincia de Buenos Aires en el virreinato del Río de la Plata, aunque la atmósfera idealista que la envuelve trasciende las fronteras geométricas y geográficas del país.

Su sombrero y el clavel son un reto a la mediocridad y a la que pone recio pecho una contextura física hercúlea; un rostro constituido por muchos millones de células indígenas que recibió de su lejana herencia calchaquí, en la conformación y aplomada cordialidad con que diplomáticamente se expresa y conduce. Pareciera un hombre de antes, en sus atavíos de otros tiempos, cuando «los muchachos no usaban gomina». Pero el tiempo no se detuvo en él, sino que ha arado con fruto ubérrimo a lo largo de una labor tesonera en la formación espiritual hacia un mundo mejor que, en parte ya palpamos y en parte esperamos.

Es un abuelo que la Argentina vió nacer con el siglo y meció al calor de las grandes ilusiones de Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo y Esteban Echevarría, precursores olvidados que apenas ya la historia registra y con bien poco respeto. A no ser por las estampitas impresas en los libros de texto destinados a los primeros grados inferiores cantos y pesares, angustias y esperanzas de aquellos precursores, ya hubieran sido pasto del crematorio.

Este Antonio Zamora surgió a la vida y quedó plantado en esta turbamulta que invade las grandes ciudades modernas, para que creciera a sus anchas. Y un afán que le venía de las mismas entrañas hizo explosión contra el bombardeo de la calle, en su tragar de discusiones e interpretaciones ideológicas de la juventud y luchas para existir. Ciudad tan rica en emociones como Buenos Aires, en cantos de pájaros y poetas que afloraban desde todos los extremos del mundo latinoamericano, por tren, barco o caminando como los peregrinos medioevales, entraron por todas las fronteras de la nación.

Estos grandes mensajeros que aflúan de las antipodas para vernos, hablarnos, sondear y medir nuestra estatura, hicieron de Antonio Zamora un hombre curioso, observador e inquieto, comenzando por buscar en los ojos y en los labios de tantas almas desperdigadas y atribuladas de este mundo porteño, una explicación a los problemas sociales de fundamento.

Acostada Buenos Aires a lo largo del Río de la Plata y engarzada por juncos invisibles a las corrientes que por agua, tierra y aire inundan con

torrentes ideológicos cuanto en otras latitudes del globo ha rebasado su capacidad de absorción, el contingente humano que lo integra asimiló con rica proliferación la filosofía enciclopédica de trasplante que, desde Rousseau a los Constituyentes, fue creciendo, acomodándose a un cultivo ambiental de adaptación en el ancho panorama del humanismo socialista y anarquista.

Las primeras manifestaciones legítimas de esa revolución llevaron al entonces joven Alfredo L. Palacios, martillo en mano, a romper los medidores de agua corriente en los conventillos porteños. Esas y otras acciones violentas que de alguna manera mitigaron el padecer del proletariado en aquellas circunstancias coadyuvaron a su elección como diputado nacional. Fue hace 60 años y todos los hombres libres del país acaban de rendir cumplido homenaje a tan prócer figura. Luego, fueron creciendo ya en gran estatura otros pioneros como del Valle Iberlucea, Nicolás Repetto, Juan B. Justo, Enrique Dickmann, Mario Bravo, Antonio Di Tomasso y cien más de aquella juventud dinámica, estudiosa y contenta que estaba levantando el monumento del porvenir en esta parte de América.

Antonio Zamora se acercó a estos paladines, absorbiendo del socialismo lo que tenía de inconformista y revolucionario como ideal de una clase que prometía arrasar con todas las injusticias, con base de la bondad fecunda, de fraternidad, igualdad y libertad. Hombre formal en la convicción de los ideales, quedó amarrado a la vida de Buenos Aires cuando la nación estaba creciendo en el rescaldo de las aspiraciones que permitieron la Independencia y los cañones humeantes recordaban que algo había ocurrido en la Argentina, pero que por delante quedaban todas las generaciones venideras para proseguir y perfeccionar la obra truncada. Zamora pensó que debía sumar su concurso al esfuerzo de aquella juventud con promesa vigente de liberación humana. Sensible a las emociones del amor, la verdad, el derecho y la justicia, que son consustanciales en él, comprendió que ese era el lugar de todo hombre honesto que no viera sólo en el comercio, la explotación agrícola o en la industria el grandioso porvenir del país, sino más bien en la estatura de los hombres para responder a ese imperioso cometido.

El pasado, como fenómeno, había cerrado su capítulo histórico de un siglo desperdiciado en luchas intestinas y una política de última extracción. Entonces se entraba en el siglo de la libertad que necesitaba de otros héroes en luchas ya más positivas y productivas a corto plazo para renovar los valores humanos de la revolución; modificar las vetustas instituciones, calcadas en el derecho de

la fuerza que la explotación del sórdido capitalismo legalizaba, convirtiéndola en negocio infamante. Hablar de democracia, de socialismo y anarquismo era de gravedad criminal. Huelgas por conquistas de mejoras o por atropellos, llenaban las cárceles, los presidios y los cementerios. Todos los beneficios materiales de la nación pertenecían a los grandes hacendados, a los magnates de la industria y socios de la patria. El progreso rural e industrial de la República está regado con sangre vertida en el martirio. Sin embargo, en el lenguaje socialista, el país no es propiedad inmutable de los privilegiados de la fortuna ni de los gubernamentalmente poderosos, sino de la comunidad, del pueblo en total, constituido también por los más humildes y menesterosos, indefensos y largados a pasto de la desventura y del circo. El día que de ello se convenzan, se detendrá la tierra para celebrarlo.

En tanto los años trascurrian, con anulación de hombres, de gobiernos y quebrantos del orden, en esta argamasa de la azarosa existencia argentina, Antonio Zamora no concibe otro mundo social, económico ni político que pueda aportar una reparación ni redimir a la humanidad un servicio efectivo fuera del socialismo. El ya no tiene problemas de interpretación; ha superado esa etapa al comprender que el ideal es superior a los hombres: no tiene ambición de ser grande en teoría, sino de pequeño, pero leal soldado para la causa. Tampoco tiene complicaciones filosóficas ni preferencias por opiniones de hombres ni de fracciones, que minimizan, corrompen, anulan y destruyen los más sólidos baluartes del ingenio cuando la contaminación los invade. Le basta con ser socialista al modo y según la interpretación de los maestros.

No toma participación activa en la lucha de la calle, ensangrentada en la Argentina exactamente igual que en otras partes del globo, con los mismos dolores y desgarramientos del alma, a causa de la miseria de unos y de la hartura de otros. Pero observa, en examen de conciencia, que nadie puede permanecer impasible ante el drama eterno de nuestros semejantes, víctimas propicias para que la sociedad plutocrática crezca, levante edificios, mueva ejércitos, alimente al autócrata dios. No cree que el traumatismo de la ineptitud, la contumacia y la ignorancia de una concepción burguesa y analfabeta del mundo pueda soldarse sin aplicaciones de fondo que trasfiguren esta anomalía gregaria del primitivismo.

Según Antonio Zamora, la solución es bien simple, pues todo reside en canalizar las energías humanas hacia la creación de riqueza espiritual y material. Puede comenzarse por difundir cultura en vasta escala, de manera que abarque todos los sectores de las capas sociales. La socialización y cooperación amplias en el libre juego de equidad y justicia podría ser el complemento de la iniciativa. El hombre está siendo puesto a prueba en su resistencia mental, en su potencial creador, en su mecánica. El ideal como profesión política ha fracasado en su aplicación práctica. Por eso es que no se encierra en círculos ni dentro de cartabones

que limiten su acción. Dentro de la libertad, de la democracia auténtica y de siempre, que se manifiesta en la calle, tienen expresión todas las voluntades.

El socialismo como tal no se compra ni adquiere con fines inconfesables. Se va a él por iniciativa propia; se abraza voluntariamente, con juventud en pensar, con libertad en actuar y proceder, con la verdad para rectificar errores y enmendar conceptos de dinámica funcional para estar siempre delante del hombre y de los acontecimientos que lo atosigan. Al ideal se llega por convicción humanitaria y se mantiene en alto, con satisfacción del deber cumplido, de haber sido útil a los hombres, procediendo como hombre. El socialismo tiene su aguja de marear en la libertad absoluta para todos los hombres; en la socialización de los bienes materiales de manera que se conviertan en fortuna para eliminar para siempre la miseria y el hambre del haz de la tierra; para que no haya más guerras ni ladrones que exploten al hombre. Aspira a convertirse en institución única del orden civilizado que contribuya con el esfuerzo y la inteligencia de todos a mitigar la gran queja humana.

Este concepto humano de Antonio Zamora surge del poeta y escritor que lleva dentro alimentado por la corriente de los grandes ríos idealistas que vienen de la revolución mexicana, la expansión norteamericana sobre el Caribe y la revolución rusa. Estos tres acontecimientos fraudulentos para las clases humildes de la sociedad, el colapso económico por contracción de los capitales yanquis, quebrantados por la insolvencia europea ante el incumplimiento del pago de las deudas por reparaciones de la primera guerra mundial, le hicieron comprender que el pavoroso drama era común también a otras entidades, tan cercanas a nuestro medio ambiente. El advenimiento posterior con sus grandes cataclismos morales, despedazó el sentido de la honestidad entre los hombres, extirpando hasta el sentido de la palabra. Cercenada la libertad, con deformaciones primero, estrangulación de la individualidad después, fueron agentes que actuaron en la convicción de Zamora. El nacionalismo autoritarista, el fascismo, el nazismo y el comunismo ruso precipitaron el derrumbe de la arquitectura geográfica europea. La revolución en España y la segunda guerra inmediata, ubicaron a Antonio Zamora en el puesto vigilante de su atalaya editorial, donde se encuentra desde hace cuarenta años, a riesgo de todos los vendabales.

La triste experiencia de renunciamentos a principios tan queridos y el despedazamiento de regímenes que prometían levantar la bandera reivindicadora, desembocaron en el estuario de todas las aberraciones, errores y destrozos propios del orden burgués. Ni siquiera han sabido aprovechar el ejemplo gratuito de cualquier acierto. El desconcierto existente fue superado a límites imprevisibles y la carrera de atrocidades parecía no tener fin. El desmoronamiento operado en las instituciones sociales desde el último cuarto de siglo a esta parte, puso a prueba el temperamento individual. La gran marejada humana, en manifestaciones mastodónticas, levantó nuevos dioses y

emperadores que arrojaban a su faz los huesos descarnados de los festines, anulaban las libertades públicas, coartaron los movimientos de opinión y aniquilaron a los descontentos. Para corregir esas arbitrariedades ha sido preciso colgarlos patas arriba o achicharrarlos con fuego de lanzas y ametralladoras mediante el anticuado procedimiento justiciero de tribu.

Antonio Zamora ha vivido y palpado las consecuencias de tanto error y destrozo moral, teniendo que ensanchar su espíritu dolorido y atribulado. La comprensión del fenómeno le obligó a fortalecer sus convicciones. Ubicado en el epicentro de estos sucesos, encontró en el medio literario campo propicio para la siembra cultural, comenzando por intensificar una acción de base popular. El ha visto que es por falta de solidez que el individuo flaquea, renuncia a sus convicciones o se lanza al mercado negro de las adquisiciones ilícitas. El individuo puede ser un nadie, resultar un sacristán de la familia, un cómodo rezador de padrenuestros que comulga con todas las hostias. sión de un beatífico ideal. Todo esto parece respetable pero es abominable cuando delata, vende y traiciona la vida de su hogar, de sus familiares, compromete su libertad y se entrega, dócil, al primer bandido.

Fue en los barrios del sur de Buenos Aires, partiendo de la calle Entre Ríos hacia el puerto, desde donde Antonio Zamora disparó los primeros dardos conducentes a una amplia labor de auténtico sentido idealista que ya tiene su lugar en la historia de la cultura nacional. «Los pensadores», publicación semanal que trajo al acervo cultural lo selecto y clásico en obras de fundamento, pronto adquirió lugar de preferencia por parte del público americano, que absorbió, unos tras otros, aquellos tesoros del pensamiento universal, puestos a su alcance a cambio de unas pequeñas monedas. Era así como había de comenzarse una obra de base para que el hombre del pueblo, desamparado, fuera adquiriendo conciencia para ser más hombre y para superar su condición social.

Más tarde, extendió su radio de influencia hasta la romántica Avenida Boede, donde entonces se concentraba lo más granado de las inquietudes juveniles. Allí se mecieron, instalaron y escalaron luego su natural posición, poetas, pintores, escritores y escultores que reventaban a impulsos de las ideas nuevas. Julio R. Barcos, Gustavo Riccio, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta, César Tiempo, Roberto Mariani, Juan Pedro Calou, Pedro Herreros y creemos que hasta mismo el ungido Maestro Ollavaca, autor de «El crofundeó», libro que dio origen al suspirante movimiento impresionista del confusioismo literario argentino, tenían allí su cuartel general.

Un contingente posterior de luchadores potenciales, se acercó a «Los pensadores» para encontrarse consigo mismo. Antonio Zamora dió cuerpo a esas voluntades que en lo nacional, reivindicaban a Diego Fernández Espiro, Herrera y Reissig, Evaristo Carriego, Roberto J. Payró, Almafuerte, y encontraban, en lo disperso de la literatura inconformista y democratizada lo fundamental para una

interpretación emotiva, sin perjuicios escolásticos ni románticos de consumo burgués.

Esto ha ocurrido, en efecto, y a ello se debe en buena parte el sentido humanista y el enriquecimiento de bellas formas en la estructura y expresión con que se manifiesta la literatura actual, el punto que Alvaro Yunque, en su «Síntesis de la literatura argentina» puso claveles en aquella pequeña epopeya de esta parte de América. El acontecimiento y su crónica figuran en libros de arraigo en el panorama artístico continental, si bien no se han estudiado todavía y en detalle las influencias que ejercieron en la concepción de muchas obras posteriores, algunas de las cuales ya alcanzaron el calificativo de clásicas.

La reivindicación de Eduardo Gutiérrez, Alberto Gerchunoff, Horacio Quiroga, Roberto Arlt y de las emociones idealistas albergadas, comprendiendo las inquietudes de aquella generación, —desde los más cándidos, por lo ilusos, hasta los más fecundos, por lógicos— se debe a la contribución que, como editor, capitalizó Antonio Zamora, echando a rodar tanta voluntad aglutinada, alrededor de hombres entusiastas, guiados por una visión redentora, como lo fueron Lorenzo Rañó y, desde otros ángulos, pero con igual sentido de difusión cultural popular, el viejito Munner con su colección «Las grandes obras», a la que seguidamente se le agregó «Los intelectuales». Con esas figuras de arrastre vindicativo, donde en cada esquina se escuchaban los himnos al «Hijo del pueblo, te oprimen cadenas» y «Bandiera rossa» donde aquel grande Felipe Turatti, que no debió haber fallecido nunca, asegura que mañana mismo será el día de la redención y ¡ay del que huya, se esconda, traicione o arrie la bandera en lo alto de la barricada! Sólo así eran factibles entonces aquellas ediciones cumbres que estaban al alcance del pueblo, tales como luego «Teatro mundial» y «Teatro clásico» que modificaron el gusto hacia la belleza del espíritu a número tan grande de población.

De todas aquellas colecciones, a las que corresponde agregar las de Bautista Fuego y la de J. Cecarelli, solamente logró sobrevivir «Los pensadores», merced al fuego juvenil de Antonio Zamora que, incansable, dinámico y metódico, no le dió tregua ni muestras de decaimiento, sino empuje vigoroso para llevar adelante una empresa romántica emprendida por tantos y con el rotundo fracaso.

Los pensadores dejaron paso a «Claridad», revista de largos horizontes que recogió lo más selecto de los grandes idealistas argentinos y americanos, desde Tierra del Fuego hasta Pasadena, California, desde donde el distinguido maestro socialista octogenario, Upton Sinclair, alentó y prestigió con su colaboración páginas tan limpias, como con sus libros modificó la mentalidad de tres generaciones de industriales y comerciantes norteamericanos y merced a cuyo galardón no fue distinguido todavía con el premio Nobel. Upton Sinclair, el hombre que revolucionó la conciencia de los grandes matarifes de Chicago, recordándoles los brutales crímenes legales cometidos en las personas de Parsons, Spies, Field, Ling y otros en el

siglo pasado y en el presente con Ricardo Flores Magón, Nicolas Sacco y Bartolomé Vanzetti, tiene su monumento en el corazón de los hombres libres lo mismo que Eugen Relgis, el pacifista rumano, después de tanta penuria y privaciones, feliz de encontrar calor en democrático suelo uruguayo. La academia sueca los ignora.

Con la desaparición de «Claridad» ha enmudecido la juventud americana y, particularmente, argentina, por falta de un vehículo seguro, de aparición regular, donde expresar sus ideas, con independencia de principios y la indispensable libertad, propios de quien tiene algo que decir al margen de los cánones oficiales y de la intelectualidad fosilizada en los suplementos literarios de los grandes rotativos comerciales.

Con «Versos de la calle», el clásico libro de poemas con que se estrenó como poeta Alvaro Yunque y dejó tan profunda huella en la moderna literatura argentina, Antonio Zamora consagra su actividad, de allí en adelante, a la edición de su colección «Los nuevos», muchos de cuyos autores ya figuran en antologías poéticas y de cuentos. Desde entonces acá, en una ininterrumpida labor a lo largo de casi medio siglo, lleva publicados más de mil seiscientos títulos con que enriqueció la bibliografía nacional, siendo el editor que, en toda la historia del país, más libros de escritores argentinos ha dado a la estampa.

Los escritores de todos los rumbos del continente se han acercado a «Claridad» con inquietudes y manuscritos. Fiel a sus postulados, lo básico para el temperamento libertario y artístico de Antonio Zamora, es que el escritor traiga algún mensaje que desborde lo mediocre, salte sobre lo estatuido y codificado, rompa con los castillos académicos y estilos encasillados y manidos por el medio. Que sea portador del grito de la tierra asolada por la injusticia, que haga vivos los dolores del alma doliente.

Para Antonio Zamora, el escritor tiene que salvar las barreras de lo estático y abrirse campo al futuro, en la expresión, en la forma e interpretación de su mundo. «Claridad» descubrió a la conciencia de dos generaciones los desvaríos, titubeos, dudas e inseguridades. A través de sus páginas, la palabra fue portadora, embajadora de las nuevas creaciones de aquella generación. El escritor allí respondió de su obra y la quiso como producto de una convicción firme y sincera. Hizo un altar para la libertad guillotizada por los poderosos y sus sirvientes. Y por su intermedio, los dolores humanos llegaron a lugares inaccesibles por falta de cooperación. La obra y pensamiento de Zamora semejan un canto de resurrección que, con fuego volcánico, animan los grandes ideales. Para él, si el arte y la literatura no tienen vigencia de conceptos para servir al hombre en sus auténticos afanes, de poco valdrá agotarse en especulaciones vanas y disquisiciones abstractas que no dejan su marca en lo eterno del tiempo.

Como escritor, Antonio Zamora, con admirable afecto, rindese al esfuerzo de aquellos viejos socialistas alemanes de ayer que fundaron la agrupación «Worwaerts»; a los Alemann, Gessel y a los

italianos que con su «Unione e Benevolenza» pusieron una nota nostálgica y melódica en el cielo de la República. La dinastía de los Alemann sucumbió en el periodismo de la democracia burguesa, yendo cada vez a menos, perdiendo idealismo. Uno de los hermanos Gessel es autor de una teoría muy original del dinero, actualmente tan discutida. Consiste en dividir cada billete de banco en tantos puntos como días del mes, que gradualmente va perdiendo su valor. La unidad monetaria, cambiada por bienes de uso, a primero del mes vale la totalidad. Pero, a medida que los días transcurren, su cotización pierde. Eso obliga al poseedor a desprenderse de dicho medio de cambio que, como se observa, no sirve como elemento acumulativo.

Estos pensadores idealistas eran la reserva del pensamiento garibaldino y de los teóricos del socialismo europeo, que sus regímenes intolerantes arrojaron sobre el Río de la Plata. Con ellos venía la civilización, el mundo de los descubrimientos sociales en esta latitud americana, el progreso de la ciencia aplicada al humanismo. Eran portadores de un cargamento de afanes espirituales insumisos en sus acciones y sus libros.

Estos inmigrantes enseñaron a practicar el colectivismo, a vivir una sociedad libertaria creada por la causa que los inspiraba, pero ahora mismo. Ellos entendían que todos los días se puede hacer algo por esa revolución incontenible en el espíritu individualista a donde no pueden llegar los fenómenos y reacciones exteriores. Una galvanización adecuada por preparación cultural, una confianza basada en el concurso de la razón y del deber, son murallas de concreto frente a las que se despedazaron las dictaduras y tiranías.

Antonio Zamora se acercó a esos hombres, sus bibliotecas y libros que lo nutrieron y notificaron. Un libro en sus manos adquiere, como en las del sacerdote, carácter de hostia, que unge con viviente emoción poética. De ahí que, cuando recuerda los saqueos de centros culturales e incendios de los bárbaros en la edad antigua, los autos de fe medioevales ejecutados por la Inquisición, los del hitlerismo, del franquismo y la quemazón de la Casa del Pueblo de Buenos Aires, con su irrecuperable y más rica colección de libros y colecciones con que jamás contará la Argentina, tartamudea. Por eso el pasado no puede repetirse jamás, y el hombre consciente, ciudadano libre que aspire por lo menos a un porvenir digno para sus descendientes, debe luchar, en todo momento y circunstancia para que desgracia tan bárbara no pueda alcanzar a la comunidad. Y si el habitante, trabajador del campo o del taller, se acerca un poco más al libro —ese indefenso pliego de papel impreso que ilumina la noche oscura del anacstralismo— el hombre será más poderoso, seguro en sí mismo, dueño de su derecho a la libertad que nadie podrá cercenarle, y no estará tan expuesto a ceder ante las abalanchas de la tiranía.

Zamora anima la esperanza de convertir la gran colección de «Claridad» junto con «Los pensadores», las piezas que fue adquiriendo e imprimiendo al correr de los años, en una fundación que lleve su nombre, con acceso al público, para que, lo que

en largos años de preocupaciones y esfuerzos fue creando merced a la simpatía y aceptación por parte del pueblo que lo ha leído y animado, vuelva a él, por la vital razón de un principio idealista y humano. Su local del barrio de Constitución está abarrotado de colecciones en estantes repletos que desbordan ilusiones y esperanzas de una juventud que se hizo por accidente del tiempo y que no termina nunca. El dinero, como valor comercial adquirido a través de los años por ese material impreso en la sociedad capitalista, le es secundario. Antonio Zamora tiene una filosofía muy particular que recuerda al gran costarricense don Joaquín García Monge, durante tantos años, editor del «Repertorio americano»; al austriaco Carlos Kautsky, historiador del socialismo y una de las figuras luminosas del siglo; a Alfonso Reyes, el gran humanista que vive con nosotros en la poesía y el arte literario que vivifica las esperanzas del hombre en el mundo de la ilusión creadora; el egregio Max Nettlau, filólogo que encontró en los secretos de la historia social la filosofía del anarquismo, para que la humanidad sepa medir y crecer en la eternidad del futuro, a través de la corriente vital y sacrificios escondidos en los libros y monumentos.

Como en el caso de Joaquín García Monge y de tantos otros antes que, a la desaparición de sus animadores se interrumpió la enorme corriente cultural realizada por un solo hombre —como los casos de Luis Bertoni, en Suiza, con sus colecciones «Le Reveil» e «Il Risveglio»; de Juan Grave, en París, con sus «Les temps nouveaux»; de José Nackens, en Madrid, con «El motín» y de Federico Urales, en Barcelona, con «La revista blanca»—. Buenos Aires, la República Argentina, América y una gran parte del mundo donde se habla castellano experimentaría intenso pesar en el supuesto de paralizarse ese foco idealista que constituye la obra de «Claridad». Porque, levantar un edificio importa la contribución de arquitectos, ingenieros, constructores y el concurso de muchos hombres para la preparación de los materiales y su ejecución, en tanto que para derrumbarlo no se necesita sino la torpe y brutal totalitaria piqueta que no tiene ojos ni sensibilidad. Lo que sabemos y palpamos, porque está delante de nosotros, es una comprobación de cuanto otros nos han querido y estimado. Sepamos respetar ese pan del futuro con que obra tamaño nos alimenta, aunque no siempre nuestros pobres ciegos ojos lo perciban.

Antonio Zamora convirtió su labor de tantos años en una fortaleza, emplazada en uno de los más populosos barrios del sur de la capital federal argentina. Tiene colmenas, minaretes y troneras

donde no hay armas, sino de fuego idealista, porque es un hombre de paz y, por eso mismo, temible, porque se hizo poderoso al vencer el miedo enemigo. Su ancha sonrisa dominante podría domesticar caníbales, si se propusiera peregrinar por las tribus del criente primitivo, pregonando la buena nueva. Accidentalmente y por milagro pudo salvar su tesoro bibliográfico del último huracán que asoló el país, no obstante que su persona experimentó las consecuencias morales impuestas por la fuerza avasalladora que lo condenó a destierro.

El hombre es un animal domesticado para el que se escribieron los libros. Ningún otro ejemplar del mismo reino alcanzó a valorizar la utilidad de ese fajo de papel impreso. Como no sirven de forraje y, por su forma, resultan incómodos si se utilizaran como cama, bien pequeña aplicación tienen aparentemente en la vida zoológica. Su desgracia mayor es la de servir de archivo, caja fuerte, recipiente, canasto del relato y recuerdo histórico y, particularmente, de la desgracia humana. Por eso los bárbaros en toda ocasión hicieron con ellos cuantas depredaciones han podido para despedazarlos con afán de anularlos para siempre.

Pero el espíritu humano es reincidente. Es un criminal consciente contra la injusticia. En el curso de la historia ha tenido que construir y reconstruir ciudades enteras arrasadas por las guerras y devastaciones de los ejércitos gloriosos y ungidos con todas las santificaciones cuando resultaban vencedores y sometidos a esclavitud cuando eran vencidos. La etapa del barbarismo no ha sido superada totalmente, pues aún permanece oculta en el rescoldo de las tribus, a donde resulta muy fácil regresar cuanto menor sea el contacto con este monumento grandioso de todas las civilizaciones juntas.

Estamos seguros mientras tanto que con ayuda de los libros podrá la humanidad cultivar en su vasto campo lirios para la sociedad que todos soñamos desde la primera reencarnación hace millones de años. Podrá el ruso sacar su flota del Mar Negro para acoplarla a las fuerzas del Pacto de Varsovia y, junto con el norteamericano, reunir el potencial bélico del Pentágono y la OTAN para descargarlo sobre las aguas mansas del Río de la Plata. Pero no podrán dominar el pacífico reducto construido con los nobles materiales de una orgullosa e irreductible voluntad tan firme como la de Antonio Zamora. Porque es un hombre libre, un cultor de los eternos «laureles que supimos conseguir».

Las huellas de un peregrino: Eugen Relgis

por
Cosme PAULES

LAS Peregrinaciones Europeas de Eugen Relgis, no han perdido actualidad. Las ideas y las observaciones contenidas en su obra cumbre: **DOCE CAPITALS** (Doce Capitales. Peregrinaciones Europeas. 460 págs. Prólogo de Han Ryner. Ediciones «Humanidad». Montevideo. Uruguay, 1961), de la cual hemos seleccionado los párrafos siguientes, si bien fueron escritos hace casi 40 años, tienen hoy la misma validez —si no mayor—, que entonces, con la particularidad de que la mayor parte de los ilustres pensadores activistas visitados durante su itinerario por Relgis han desaparecido devorados por las furias del fanatismo autoritario desencadenado sobre el planeta durante la Segunda Guerra Mundial, y, el presente testimonio relgiano resulta como una huella imperecedera de la acción y el pensamiento por una humanidad mejor, dejada a su paso por aquellos que supieron hacer frente, con heroica abnegación, al monstruo de las mil cabezas. El único mérito de esta selección nuestra es el de sernos muy querida, pues nos ayuda a comprender la amplitud, altura y profundidad de tantos esfuerzos desinteresados en favor de la conquista de nuevos horizontes de alegría para todos y cada uno en la tierra. Instamos al lector solidario a adquirir y meditar **DOCE CAPITALS**, en la seguridad de que al hacerlo sentirá como nosotros que el panorama de la vida inclinada hacia la verdadera fraternidad humana le será ampliado a impulsos de una desconocida fuerza puesta en movimiento por las mentes más preclaras de este siglo de las luces —y también de las sombras más siniestras—, que el autor nos descubre con el acendrado cariño de un «jornalero de las ideas», como él mismo gusta de calificarse. Y sin mayores preámbulos, ofrecemos nuestra modesta selección de **DOCE CAPITALS**.

EN EL PROLOGO:

Si Relgis ha sabido extraer de los grandes europeos de hoy los secretos más profundos y más preciados, nos proporciona además otras alegrías: los méritos literarios equilibran aquí la precisión documental y la fuerza de penetración. ...En cuanto se han leído tres o cuatro capítulos, se adivina que el conjunto constituye, tan bella como bienhechora, una obra única. (Han Ryner.)

PARTIDA DE BUCAREST:

Abandono la Capital, en esta fresca mañana con presagios de otoño. ...Y tuve la visión de los arcos del triunfo, levantados en honor de los Césares en ciudades hoy desaparecidas o arruinadas. Arcos bajo los cuales desfilaron los ejércitos vic-

toriosos (los muertos fueron abandonados en «el campo de honor», presa de los cuervos, de los chacales y los gusanos). (Pág. 14.)

Ya se ha visto, en Argentina, que montañas de trigo han servido de combustible para las locomotoras o fueron arrojadas en el océano, sólo para mantenerse el alto precio de los cereales... Sólo el hombre, que sabe centuplicar los frutos de la naturaleza, posee también ese diabólico don de arrancar el pan de la boca de su semejante, y dejarlo morir, pese a que los graneros están repletos —mientras el jazz aúlla su alegría en la noche eléctrica de las capitales lujuriosas... (Pág. 15.)

SLAV DELKINOV, de Bulgaria:

Delkinov tiene las espaldas anchas: es un atleta que no bebe alcohol, no fuma, y tampoco come carne —desacostumbrado también a llevar sombrero y cuello. Después de haber redactado el periódico (*Svoboda*), da vuelta la manivela de la máquina de la imprenta «Posrednik» (editorial cooperativista de la agrupación tolstoyana de Sofía). Este idealista rústico me intimida un poco, con su salud física y moral. (Pág. 17.)

JENY BOJILOVA-PATTEVA, fudadora de la Liga pacifista de las mujeres búlgaras:

La oradora tiene gestos de madre que defiende a sus niños de las águilas rapaces. (Pág. 18.)

EN EL CONGRESO DE LA UNION DE LAS ASOCIACIONES VEGETARIANAS DE BULGARIA:

Cuando Kovachev, que preside el congreso, anuncia mi presencia, centenares de manos se levantan espontáneamente, en conmovedor impulso de simpatía. De repente, alguien coloca un blanco crisantemo en mi solapa. Siento esa soldadura espiritual que elimina la escoria del nacionalismo, las esperanzas étnicas y lingüísticas: es ese simple sentimiento humano que niega las contiendas recientes y desmiente las incitaciones del chauvinismo venal. Porque, precisamente en los diarios de esta mañana, he leído los telegramas anunciando que las autoridades rumanas negaron la visación a centenares de búlgaros que querían visitar Rumanía... (Pág. 18.)

CON FELIPE SKALONKOF, oficial jubilado:

Las Grandes Potencias saben lo que hacen por intermedio de sus agentes diplomáticos, cuando imponen a los pequeños Estados ciertas «rectificaciones», «retrocesos» o mutilaciones franterizas —me

manifestó con aplomo y franqueza ese anciano que me dijo llamarse Felipe Skalonof. Publicaba a veces artículos de carácter económico en «MIR»; su yerno fue ministro de Bulgaria en Roma. —¡Sí!— insistió el ex-oficial. Para sus intereses inconfesables, pero a los que nos es fácil adivinar, las Grandes Potencias no permiten que los Estados se entiendan entre ellos de buena gana. Los tratados de paz, los convenios militares y también comerciales son dictados, ante todo, de conformidad con sus intereses «superiores»... (Pág. 19.)

PALABRAS DE RELGIS EN EL CONGRESO VEGETARIANO:

En Bulgaria, el tolstoísmo adquirió formas prácticas que unen las manifestaciones de la conciencia ética o religiosa con las de la existencia diaria. En Rumania, la sobriedad del pueblo tiene otros motivos que en Bulgaria. Antes de la guerra se decía que el campesino rumano se conformaba con una cebolla y un trozo de polenta fría. Era una broma siniestra, que ponía en evidencia la tremenda pobreza de un pueblo agrícola. El pueblo era vegetariano por causa de miseria. Estaba subalimentado. Posesionados, una parte de los campesinos, de la tierra en la potsguerra (una verdadera revolución pacífica), la situación económica de los mismos ha cambiado. Pero esta manifestóse también a través del relajamiento de las costumbres, el abuso del alcohol y el creciente consumo de carne. En Rumania, y en otros países, el vegetarianismo debe ser difundido tan siquiera como... idea; él podrá ser viable sólo cuando la moralidad y el sentimiento humanista hayan sido elevados a un mayor nivel general... Todas las prácticas morales y materiales que contribuyen al alejamiento de estos dos flajelos (la intolerancia y la violencia), deben ser extensamente difundidas en el pueblo... Se ha comprobado que el hombre, desde un principio, ha sido un animal pacífico y sociable. Los biólogos pueden comprobar que el hombre ha sido, desde su origen, vegetariano, no carnívoro... Ser vegetariano por motivos de conciencia significa ser humanista integral. Significa ampliar la concepción de la solidaridad de la especie humana, trasponiéndola también a las especies animales. Si en cada país se encuentran idealistas que anticipan el porvenir, luchando en procura de más justicia, más belleza, más tolerancia y bondad, entonces no tenemos derecho de desesperar. (Págs. 22-23.)

CON NICOLAS OBRETEOFF:

Nicolás Obretenoff tiene 82 años. Ha sido camarada de Kristo Bottev, poeta y revolucionario (1847-1876).

—Este bastón —dijo con gravedad— le servía de código penal (al pachá de Silistra: Hadji Deli Ibrahim). Lo aplicaba con una fulminante rapidez, sin piedad alguna. Su fallo era inapelable. Algunas veces era definitivo, que el acusado no se levantaba ya, después de haber recibido un golpe en la parte más blanda de la cabeza.

En nuestros días la ley mata más lenta, pero sistemáticamente —apuntó el poeta Kovachev, que no olvida que es también abogado. El código penal es un libro grueso, con millares de artículos y párrafos de cuyas mallas es más difícil salvarse que del mazo del tirano de Silistra... (Pág. 24.)

KARAVELOV Y BAKUNIN:

Karavelov —cuyo busto se halla en el jardín público de Rusciuc, a la sombra de la columna monumental sostenida por leones— trató, en su tiempo, con Bakunin de preparar en su país una revolución social, la que debía estallar también en otras partes. Aún existen cartas que no han sido dadas a la publicidad y las que demuestran que el impulso revolucionario ha permanecido candente durante mucho tiempo antes que se desencadenara el huracán que, en nuestros días, iba a partir de las estepas rusas para invadir después las metrópolis del capitalismo occidental. (Pág. 25.)

RUSCIUC:

Rusciuc tiene una población mixta: búlgara, turca, judía; tampoco faltan rumanos, griegos, rusos y armenios... Lo sé: los grandes amos vigilan en sus salones adornados de oro. Bastaría una orden, para que esta multitud cambiara de aspecto hasta trocarse en bandas hostiles o en un regimiento armado contra el «enemigo» de afuera o aun del interior del país. (Pág. 26.)

CON ESTEBAN ANDREICHIN, el tolstoiano:

La voz grave, profunda, de Esteban Andreichin vibraba proféticamente: „

Cuando un ser humano se considera separado de los demás, comete un crimen. La nación es la que incurre en crimen, por creerse separada de las demás naciones. El Estado comete crímenes —siendo la guerra el más grande, por creerse distinto de los demás Estados. Para que el crimen desaparezca entre los individuos, es necesario que el individuo se sienta más unido a los demás. Para que desaparezcan los crímenes nacionales, la nación debe sentirse unida a las demás naciones. Para que desaparezcan los crímenes estatales, el Estado debe sentirse más unido a los demás Estados...

Y estos pensamientos lapidarios, que se sucedían uno tras otro como los anillos de una cadena, fueron repentinamente concentrados en una eclosión sin réplica:

Esto significa: ¡no hay individuos, no hay naciones, no hay Estados! Existe solamente hermanos con el mismo derecho a vivir. ¡Existe solamente una humanidad unitaria! Esta es la verdad fundamental de todo pacifista... (Pág. 64.)

EN SOFIA, RELGIS SE DESPIDE DE IORDAN KOVACHEV, QUIEN REGRESA A PLOVDIV:

Mientras esperábamos la señal de partida, paseábamos a lo largo del tren. Casi en cada ventana de los vagones atestados Kovachev encontraba una fi-

gura conocida. Cambiaba algunas palabras con cada uno; en el andén eran otros conocidos que lo paraban.

La simpatía debe ser cultivada en abundancia —me dijo— para que, posteriormente, podamos recoger la rara flor de la fraternidad. Tendamos con alegría la mano, despertemos siquiera por algunos instantes ese optimismo de la solidaridad entre los viejeros con los cuales nos cruzamos en el camino y a quienes —¿quién lo sabe?— no volveremos a ver mañana. Aun cuando ellos tengan otras creencias o ninguna. Yo quiero despejar las caras entristecidas, dar coraje a los que no saben llevar las cargas de la existencia. La fe conservaba sólo en ti mismo, truécase aplastadora y estéril como un bloque de piedra. Ella debe ser diseminada como el polen, por doquier. Regalémosla a cualquiera, a los amigos y a los enemigos. El tiempo trabaja para nosotros...

Y Kovachev, con la sonrisa acentuada por el centelleo de sus lentes, subió en el tren que ya empezó a ponerse en marcha. (Pág. 79.)

...Y LAS OBSESIONES SOCIALES:

Mi olvido se deshilacha. Nuevamente las obsesiones sociales clavan sus garfios en el cerebro. En esta improvisada colectividad del barco, la sociedad evidencia sus capas aisladoras: desde los grupos de estudiantes, empleados y gentes semirurales, quienes se han preparado la «cama» en la sala común del fondo, sobre mesas, bancos y sillas plegables, hasta los camarotes que tienen lavatorio por separado, flores sobre la mesita al lado de la ventana ancha, y que son reservados para los que pueden pagar ese lujo con el sueldo de un mes del fogoneero, galeote lleno de hollín, y que atiborra con carbón las entrañas siempre abrasadas de las calderas... (Págs. 84-85.)

ELOGIO DE BULGARIA:

Mis relaciones con literatos y pensadores, con los tolstoianos, vegetarianos y pacifistas búlgaros arraigaron en mí, no tan sólo como simpatía intelectual, sino también como interés activo para con ese país, del cual los diarios nos daban, por desgracia, solamente informaciones políticas tendenciosas y notas superficiales. Pero por sus representantes esclarecidos, Bulgaria tiene ante los demás países europeos el gran mérito de haber reconocido que la salvación, vale decir, la salud y la riqueza de un pueblo residen sobre todo en la **fraternidad creadora**. Esto significa que la vida humana debe permanecer fundada en las leyes naturales, y que la moral tiene sus raíces en el alma y la conciencia.

En este país sometido a duras pruebas (sus testimonios históricos son excesivamente sangrientos), grandes agrupaciones de hombres lúcidos han encontrado el secreto de la paz: ayudándose los unos a los otros, haciendo del amor una práctica natural y de la libertad un medio de equilibrar las fuerzas individuales y colectivas. Eso es humanitarismo. (Pág. 87.)

FRAGMENTO DE UNA CARTA FECHADA EN PLODIV, 14 de Septiembre de 1950, y escrita por una mujer que por razones explicables esconde su verdadero nombre bajo las iniciales X. Y.:

Yo me imagino a un fino intelectual de un siglo futuro que no me atrevo a fijar, y para el cual la guerra y la dictadura serán anacronismos. El estudio el Siglo XX... Tiembla de horror e indignación: tres guerras mundiales (quizás cuatro, quizás cinco, ¿quién puede predecirlo, si recién estamos a mitad de siglo?). Sangre y sangre vertida en cantidad que hubiera parecido fabulosa, inverosímil, a los hombres de los siglos más bárbaros... ¡Una cultura material que no ha alcanzado su apogeo más que para servir mejor a los demonios de la destrucción y del crimen! Un siglo en el cual millones de hombres son llevados a la matanza como las reses. Un siglo en el cual la vida de una res tiene a veces más valor a los ojos de los que gobiernan que la de un hombre; un siglo, en fin, en el cual tan escasas voces osan recordar que el ser del hombre es un santuario que nadie puede tocar sin violar la ley divina y natural... (Págs. 92-93.)

CON MAX NETTLAU:

Quisiéramos transcribir **in-extenso** las diez apretadas páginas que Relgis dedica a su importantísima entrevista con Max Nettlau, pero el espacio que disponemos no nos lo permite. Lo lamentamos, no obstante tener la certeza de que el lector acucioso buscará el texto completo en «Doce Capitales».

En ninguna parte he visto un descanso dominical más completo y más riguroso que en Viena. La ciudad parecía abandonada, como una fábrica.

Lazarethgasse. La placa sobre la cual, en una esquina, leo esta indicación, hace surgir de inmediato un nombre: Max Nettlau. Busco el número en el carnet: estoy precisamente delante del número 32.

Y súbitamente surge ante mí un anciano alto, derecho, que me tiende una mano vigorosa. La mirada, detrás de los pequeños lentes, retenidos por un hilo, es azulencas, sorprendida y tímida. La garganta prolonga su desnudez en un triángulo velludo sobre el pecho. Hállase en camisa, con las mangas recogidas. Los pantalones forman arrugas sobre las pantuflas de fieltro, semejantes a sandalias de campesino. Su estatura se ha impuesto a mí como una imagen instantánea, surgida de los amplios y eruditos ensayos que firma en las publicaciones españolas, inglesas, alemanas y francesas.

Nettlau está dispuesto a escucharme. Está vuelto de espaldas a la ventana, perfilándose en una luz verdosa, enmohecida, filtrada a través de un patio profundo como un pozo.

—¿Qué hace el camarada Panait Musoiu?

De golpe, la conversación se ha abierto camino.

—Cuando entré aquí, he creído que el azar me había llevado a casa de Musoiu. Su habitación es semejante a ésta, con la excepción de que se halla en una casita blanqueada con cal, medio enterrada en un patio cenagoso, cerca del barrio bucarestense del Obor. Folletos, como una doble muralla, desde el suelo al techo: es el depósito de la **Biblioteca de la Idea** que difunde y aumenta desde hace cua-

renta años. Traducciones de Kropotkin, Sebastián Faure, Most, Lafargue, Malatesta, Coeurderoy, Stirner... Un poco de las obras anarquistas representativas. Luego **Las Prisiones** de Silvio Pellico, las memorias de Judas Iscariote... Filosofía radical y conceptos positivistas: M. Deshumbert (**La Moral de la Naturaleza**), Antiocco Zucca (**El Papel del Hombre en el Universo**), Han Ryner, Sagnol, William Morris. Páginas de Carlyle, Richet, Paraf-Javal. Estudios sobre la educación sexual, panfletos antireligiosos. Extractos también de Platón, Séneca, Aristófanes y Plutarco, si tienen resonancias actuales... Un centenar de manuscritos más, aguardan ser impresos. Musoiu sabe imprimir sus folletos con caracteres minúsculos: os da un libro entero en 48 páginas. Tiene distribuidores benévolo y abonados constantes. Vive como un eremita, pero libre. Recibe las camisas de un amigo de Nueva York, los zapatos de Italia y el paletó no sé ya de dónde. Come para dos días en la casa de una familia, desaparece por un mes o dos en la granja de otro amigo «advenesizo» o bien en el hogar de los escritores de Transilvania. Es un hombre calmo, fuerte y ponderado. Sus bolsillos se hallan atiborrados de papeles. Imprime traducciones continuamente. Ha cerrado el período de las producciones propias desde que no aparece ya su revista. Su generosidad se manifiesta en libros. Os regala folletos desde que le digáis «buenos días», pero ahorra el dinero para los impresores. También encuentra camaradas que le hacen un trabajo suplementario por amistad.

—¿Cuántos anarquistas verdaderos se encuentran en Rumanía?

—No sabría decíroslo. En nuestro país, y en otros también, el anarquista es un espantajo. Para los burgueses y para los niños, debe tener absolutamente un semblante feroz, los cabellos hirsutos, a veces su chalina anudada como una cuerda, pero siempre una bomba o por lo menos un puñal en el bolsillo.

La risa de Nettlau es silenciosa, comprensiva:

—La confusión entre los anarquistas y los terroristas, entre los individualistas y los nihilistas, no es mantenida únicamente por nuestros adversarios naturales, sino también por los combatientes de izquierda. El ideal anarquista es sencillo. Múltiples son las formas bajo las cuales se ha expuesto. Hay tantas concepciones y actitudes como anarquistas. Hablo de los que reflexionan sobre los problemas sociales, que saben interpretar la historia y ver en las brumas del porvenir... De todos modos, la literatura anarquista debe ser difundida: es nuestra mejor arma.

... Nettlau me muestra tres volúmenes: la biografía de Bakunin, en alemán; el estudio sobre la vida y obra de Eliseo Reclus, en español; indagaciones sobre la evolución del socialismo y el anarquismo, en francés.

—Pero, ¿no publica nada en Viena?

Por toda respuesta, un encogimiento de hombros:

—Estoy aquí más aislado que sobre el Himalaya. Pocas personas saben que vivo en Viena. Redacto mis libros según notas tomadas en las bibliotecas

y en los archivos de Londres, Barcelona, de Berlín... Es necesario que me apresure. Los contemporáneos de Kropotkin, Bakunin, Reclus, desaparecen unos tras otros. La historia de sus vidas y la de las Internacionales socialistas, tiene que ser escrita antes que sea falsificada por los oportunistas, por esos pseudo-revolucionarios con prisa por ocupar el puesto de los tiranos coronados.

...Nettlau sonríe con dulzura:

—Entre los humanitaristas y los anarquistas no habrá ninguna divergencia si, tanto unos como otros, evitan caer bajo el influjo de cualquier concepción que consideren como única, perfecta, y que quisieran imponer a otros. Este no es el caso de los verdaderos anarquistas y no será el caso de los verdaderos humanitaristas. Estos últimos —como yo los creo ver en su persona— son amigos de la **paz integral**, y los anarquistas son amigos del socialismo integral. Los unos y los otros han visto la insuficiencia y el peligro del exclusivismo, de las concepciones y de las acciones incompletas, unilaterales. Estas últimas llevan a la intolerancia, a la violencia, a la guerra. La guerra pertenece al pasado sombrío, al régimen autoritario que subsiste todavía entre nosotros y del cual podemos librarnos con tanta dificultad. Nosotros, los anarquistas, tenemos toda la buena voluntad...

Estas últimas palabras despertaron en la pequeña habitación del librepensador, los ecos del versículo evangélico: **paz a los hombres de buena voluntad**... Pero el anciano de pensamiento joven y de corazón generoso, poniéndome su mano sobre mi hombro añadió:

—Estoy persuadido de que también ustedes, los humanitaristas, tienen la misma buena voluntad. Les deseo pleno éxito en la realización de vuestra obra, que creo haber comprendido bien...

Cuando bajé la escalera, Nettlau permaneció apoyado en el pasamano. Me hacía a modo de saludo esa señal que es un deseo y un estímulo. Ese huraño solitario ocultaba un alma fraternal bajo una inteligencia ampliamente comprensiva, pero de una implacable lucidez. Allá arriba, en aquella celda atestada, un pensador tenaz coordinaba los hechos de la historia social, reuniendo las ideas en el haz de una concepción y de un ideal. No puedo calificarlo de profeta, ni de visionario, ni de sabio. Sé que él se hubiera desentendido de los elogios con un encogimiento de hombros. Cuando le escribí una vez: «Venerado camarada», me replicó al final de su contestación: «Vuestro camarada», pero de ningún modo «venerado»...

Tal era Max Nettlau: un camarada que ha restituido su verdadera significación, prodigándose sin cesar, ignorado en su propio país, pero cuyo pensamiento circulaba por las rutas mundiales, en tanto que su cuerpo hallábase aferrado voluntariamente a una pequeña mesa sobre la cual no podía apoyar los codos, abrumado por una avalancha de impresos, y dejando enfriar sobre una caja de embalaje el café negro del jarro y las patatas, sin mondar aún, en un plato de hojalata... (Págs. 133-134-135-136-137-141-142.)

(Continuará.)

Crisis del capitalismo y superabundancia de panaceas

ANTE la crisis de las estructuras capitalistas de la actual sociedad y la amenaza de una revulsión de las mismas, era preciso que los partícipes en la labor negativa de la economía actual, trataran de encontrar paliativos, soluciones, nuevas panaceas y sabios emplastos que **dando algo para no pederlo todo**, aplacen el desencadenamiento violento de la misma crisis.

Más que sabido es, que las soluciones marxistas, que pudieron llevarse a cabo en Rusia y los llamados después países satélites, no fueron en ningún momento tales soluciones y que su única realización fue la de reunir entre los tentáculos del Estado, el que era poder económico de los capitales privados.

Persistieron las desigualdades económicas. Cambiaron tan sólo los detentadores del privilegio.

En el plan humano, la dependencia del individuo se hizo más monstruosa, al reunir en organismo único lo que era coalición de los enemigos de la libertad. Capital y Estado siendo uno solo, la opresión al productor, la anulación de las libertades tenía que ser más violenta.

La noticia dada hace algunas semanas de una distribución excepcional de harina a la población de Moscú, con motivo de las fiestas de Pascua, es todo un poema, un canto, a las excelencias del marxismo en aplicación.

La religión era el opio de los pueblos, según dijo alguno de ellos. No implica la afirmación para que se celebre en Moscú una fiesta fundamentalmente religiosa como la Pascua de Resurrección dando algo más que comer al pueblo moscovita.

Porque donde hay excedencia o suficiencia de un producto, y medios adquisitivos, no se ven organizarse repartos excepcionales. Si son excepcionales, se admite que los hay ordinarios, y si ordinariamente hay distribuciones de harina, son insuficientes... si no, ¿para qué los excepcionales?

Pero descartada la incorporación de los defensores de la sociedad actual a las falanges del marxismo, era y es preciso que busquen «salidas» de otro orden al problema social y humano planteado.

Desequilibrio inaceptable, por cuanto contadas las conquistas del progreso no se evita que cada año mueran de hambre millones de seres humanos y que si sumas enormes se malgastan en preparar el camino de las estrellas, podrían utilizarse mucho mejor, en trazar caminos de fraternidad humana.

Reconocen todos la inpotencia de los sistemas estructurales del capitalismo, su incapacidad para llevar la misión de reconversión y redistribución de la riqueza, en forma que no se dañe la dignidad del individuo.

¿Qué soluciones apuntar?

El neo-liberalismo, sistema de cultivo de tráfico comercial internacional regido por la ley de la demanda y el ofrecimiento, carece de bases humanas. Conduce a la fortificación del principio mercantil y del beneficio como único principio moral.

Una pretendida nueva doctrina, que se presenta como «revolucionaria» y que responde a la denominación de «Doctrina social-cristiana» comienza a hacer apariciones acá y acullá, sin forma precisa, sin bases ni soluciones precisas.

Más bien se nos antoja, que los ensayos que se presentan bajo ese denominador común, obedecen fundamentalmente a la necesidad que tiene el mundo católico de tomar posiciones de vanguardia.

En principio, adelantemos que todas las críticas hechas a las normas de la sociedad capitalista por los nuevos teorizantes del cristianismo, nos parecen improcedentes e indecorosas, preñadas de indiscutible injusticia.

La sociedad actual, capitalista, es obra de la Iglesia, de esa Iglesia que supo adulterar desde su origen, el principio humano que sus doctrinas decían defender.

Consideran los nuevos social-cristianos, que frente a los errores del liberalismo democrático, del comunismo de Estado, y del socialismo, es preciso encontrar una doctrina que se mantenga a la misma distancia de todos los extremos del error y de todas las exageraciones de Partido. Doctrina que concilie la Autoridad y el amor de todos los hombres, fundado (¡cómo no!) en el amor de Dios.

Como ambigüedad e imprecisión, sería difícil pedir mejor. Alejados de su mismo error y del error de los otros, igualmente distante de todas las exageraciones de Partidos. Si consideramos a la Iglesia como Partido monumental y mastodónticamente internacional, mal podrá ésta encontrar soluciones que se alejen de las exageraciones de los mercenarios mundiales de la Curia Romana.

Conciliar lo inconciliable, autoridad y libertad, individuo y Estado.

La declaración pues, tras de esta repetición de lugares comunes, brillantes de puro usados, debería preconizar esas soluciones. No basta con que digan que está expresada en la voz de los Papas al referirse al origen común de los hombres, ni tampoco que la encíclica «Pacem in Terris» es su mejor convicción.

Unión universal, igualdad de razas, solidaridad entre naciones, conceptos harto malgastados por todos los profetas de todas las combinaciones políticas. Y la verdad de las promesas la estamos viiendo.

Reconocen, por obligación, y arrastrados por la violencia de la tormenta que desencadenaron con sus abusos, la necesidad de realizaciones sociales.

II

PROPIEDAD PARA TODOS

Hablan así de la imposibilidad de pedir calma y resignación a los millones de seres que mueren de hambre, a los millones que luchan a diario por una existencia miserable.

No hablan de las responsabilidades. Temen la rebeldía de los hambrientos y queriendo hacer creer que se hacen eco del clamor universal, pretenden encontrar la mejor solución para abandonando lo menos posible, evitar el estallido que les arrebate el todo.

Según los redactores de «Índice», revista española, con aires de liberalización, la clase del asunto radica en la propiedad, que necesita —a su parecer— de un sistema, una nueva armazón.

Y descontando que dicha propiedad no puede ser colectiva, buscan el cómo de una teoría que pueda dar el quite.

Si la propiedad ha de ser privada, como afirman, hay que proceder al reparto de la misma.

Privada, pero repartida entre todos. Los menos, que son hoy los detentadores, tendrán que ceder en sus derechos.

«La propiedad sea del que trabaja y sólo del que trabaja», afirman solemnemente, añadiendo como coetilla: Salvo las excepciones que señale la ley.

El colofón legislativo es la negación misma del principio solemne. Quieren, al decir tal, señalar que la ley determinará quiénes podrán seguir siendo propietarios sin trabajar, es decir, explotando a otros que a más de sus propiedades, acudirán a las del «vago». Con lo cual queda determinado que habrán forzosamente propiedades mayores y menores.

Tal es, si no nos engañamos, el principio de la misma sociedad que combatimos. Todos en realidad somos propietarios, aun cuando la propiedad de los mas se reduzca a los harapos diarios y malos muebles en casa o choza. O entendimos más, y en esa redistribución de la propiedad regirá el principio igualitario.

El Estado encargado de realizarlo, dispondrá de la fuerza coactiva, capaz de obligar a los detentadores de hoy a ceder. So pena que en prueba de resignación cristiana, éstos lo cedan todo. Y como no creemos en tal oportunidad, pensemos que la fuerza de la autoridad si está constituida por propietarios, éstos no podrán trabajar...

Aparece como fuertemente simplista la solución, cual si sólo se tratara de dar a todos y cada uno un trozo de tierra.

¿Qué hacemos con el complejo industrial? Tampoco faltan teorizantes al respecto.

III

LA EMPRESA NO ES DE NADIE

Bajo la firma de R. García, aparece en la misma revista a que nos referimos, una interpretación ni original ni concluyente de esta doctrina social de la Iglesia.

Después de afirmar que de la misma manera no se acepta hoy la idea de la esclavitud que ayer fue de consentimiento general, en un mañana próximo tampoco se aceptará la idea actual de que la empresa pertenece a sus propietarios.

Según él, la empresa se pertenece a si misma. Los dueños y accionistas sólo disponen de acciones, pero la empresa es algo más que eso; ya que si está constituida por hombres, materiales y medios de producción.

La empresa es el resultado de una relación y no puede ni debe ser objeto de propiedad para nadie.

Niega el derecho de propiedad al capital, e incluso a la función de dirección.

Hoy mismo, dentro de los grandes trusts y de las sociedades anónimas, el propietario de unas acciones limita su derecho de propiedad a su participación en los dividendos, sin ninguna intervención en absoluto en la producción.

El gerente es sólo mandatario de un Consejo que representa la aglomeración de varios capitales.

Según la incipiente teoría a que nos referimos, el gerente o director en una sociedad nueva tiene que ser el mandatario de todos, no sólo del capital sino de todos los componentes de la empresa.

El conflicto que no resuelve, porque no se atreve, es de decir quienes son esos otros componentes, a parte del capital. Con decir que la empresa se pertenece a si misma cree haberlo dicho todo.

La empresa pertenece pues a todos los que trabajan e intervienen en su desenvolvimiento, pero no como propiedad colectiva, sino como conjunto debidamente repartido a cada uno de los propietarios.

Sociedad anónima, pues, a numerosísimas acciones, mal repartidas, que limitará ese derecho de propiedad en una mayoría, a la simple percepción en fin de cuentas de los dividendos. Y en la que los poseedores de la mayoría de acciones serán siempre determinantes. En la que las hábiles jugadas de los hábiles financieros terminarán comprando a unos y otros esas acciones.

Sin embargo, en su exposición R. García dice algo que lleva verdadera enjundia: «Así constituidas las empresas de derecho natural, los sindicatos serán innecesarios.»

Y volver a rodar de la bola. Se trata, en resumen, a través de la citada teoría de dar la impresión de que la riqueza se distribuye, la propiedad se reparte, de tales modo y manera, que al pasar de poco tiempo, todo volverá a estar como está hoy, pero con la impresión de alguna realización social y la supresión del sindicato, que es el objeto fundamental de la reacción.

Pero, ¿cómo habría de llegarse a esta redistribución de la propiedad?

IV

LA SOLUCION ALEMANA

La social-democracia alemana ha comprobado que el 70 por 100 de los capitales que se crean en el país pertenecen a los propietarios antiguos y que sólo un 30 por 100 se distribuye.

A los efectos de producir una formación de acce-

so del productor a la propiedad, el gobierno y los diferentes partidos y sindicatos alemanes lanzan lo que para ellos es idea original y que vamos a analizar.

Se trata de la creación del Capital del Trabajador.

Capital que se crea a nombre de cada trabajador sin que éste tenga ningún derecho a utilizarle. Un capital que se dice suyo y del que no pueda disponer hasta el momento del retiro.

Los empresarios o patronos depositarán una suma (cuya importancia es única discordancia entre gobierno y sindicatos) que varía entre 312 marcos y el 1,5 del salario, a nombre de cada obrero y cada mes. Sumas que se invertirán sea en la misma empresa sea en otras nuevas, según acuerdo entre el patrono y los sindicatos.

El total de las sumas e intereses se entregarán al trabajador, si éste existe, a los 65 años.

Como vemos, no se trata ya ni con mucho de acceso a la propiedad por parte del productor, sino de la atribución de un suplemento de salario del que sólo podrá disponer en el momento de su retiro, sea globalmente sea en intereses.

Si la teoría se dice sistema de paso a la socialización, digamos que el timo, el engaño social es manifiesto.

Nueva maniobra de defensa del capital, que dando migajas al productor en forma de retiro más importante, más jugoso, pretende resolver el problema social.

Considerando la situación del obrero alemán la solución propuesta, no deja de tener sus atractivos. Se ofrece la posibilidad de un mañana libre de preocupaciones, el aumento de la renta en la vejez, y esta seguridad material puede quizás colmar las ambiciones de los obreros alemanes, a quienes cuanto se concede hoy, después de los años de privación, parece maná celeste.

Pero la situación del proletariado alemán no es ni con mucho la del proletariado en general. ¿Y cómo resolver por el mismo método el problema de los obreros del campo, con apenas cien días de trabajo al año, errantes de región en región? ¿Y cómo la de los jornaleros accidentales? ¿Y cómo la del subproletariado africano, europeo y asiático? ¿Cómo asegurar un retiro digno, si no se es capaz aún de asegurar una existencia, no digamos digna, pero sí decente?

La solución anunciada que posiblemente llegue a realización en aquel país, sólo puede considerarse como una concesión más, una limosna del capitalismo. Y una vez más el cristianismo hace uso del vejamen de la caridad como objetivo social.

V

LAS ACCIONES DEL TRABAJO

Idea de curandero, autor de emplastos, «las acciones del trabajo» que preconiza J. F. Figueroa en el mismo número de «Índice», tampoco llega más lejos en tanto que interpretación de la doctrina social cristiana.

No faltan en su exposición frases hechas, como estas: «La propiedad es un bien que necesita repartirse entre todos, pero no «comunistamente», sino «privadamente».

«Todos tenemos derecho a ser propietarios, sin ese derecho somos menos hombres.»

«La propiedad debe repartirse con equidad, para que todos se encuentren en estado de igualdad social.»

¿Está claro? La propiedad debe ser de todos, pero nada en común, sino un «cachito para cada uno», para que los explotados de siempre tengan derecho a ser hombres, ya que según el autor de la nueva idea, hasta ahora, no lo han sido integralmente. Y debe ser de todos por igual.

Insiste en que en dicho reparto debe contar el bien de la mayoría, ya que da por descontado que el bien de todos es imposible.

No comentemos esta concepción pesimista, negación de la solidaridad universal, y prosigamos el análisis de la nueva teoría «salvadora».

Los bienes que del trabajo proceden, son los que originan la propiedad; razón que determina que ésta debe estar en manos de los trabajadores.

El factor primordial de la producción es el trabajo. En su origen capital y técnicos no existían. El mundo marchó sin ellos; sin trabajo, no.

Siendo, pues, el obrero el eje del proceso productivo, debiera contar en lugar principalísimo en la participación de los beneficios de ese proceso. Y hoy, no es así.

Para que lo sea vienen «las acciones del trabajo». «Todo de todos, pero repartido a cada uno de manera equitativa.

La fábrica a los trabajadores, pero no en tanto que propiedad colectiva.

Como juego de palabras, la habilidad es indiscutible, a la par que incomprensible.

Las contradicciones comienzan en cuanto se profundiza un tanto en el proyecto, pues frente las manifestaciones primeras de la equidad, se oponen las realidades de la intención, al proseguir el autor, diciendo: «Hay que conseguir la propiedad para todas las personas que intervienen en el proceso productivo, medido cada cual por su mérito.

Cuenta tenida del conflicto que representará para el propietario actual el abandono de sus prerrogativas, le propone que éste sea considerado como el más calificado de los trabajadores que perdiendo poco a poco su capital como dueño, ganará más que cualquier trabajador mientras viva.

No queremos decir que queda el principio de igualdad social cuando se habla de los méritos de cada uno, y del más meritorio, es decir, del patrono.

Tampoco, como tal realización, seguiría manteniendo la nube de parásitos, propietarios o accionistas de cada empresa, retribuidas por «derecho natural y vitalicio» por el esfuerzo del productor.

Nulidad pues de la teoría que carece de verdadera base social y que quiere desconocer, conscientemente, las verdaderas raíces del problema.

..

(Continúa en la página siguiente.)

La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

(CONTINUACION)

El 14 de octubre de 1811, a Félix María Calleja le fueron entregadas las cabezas de cuatro héroes de la Independencia de México: de Miguel Hidalgo y Costilla, de Ignacio Allende, de Juan Aldama y de Mariano Jiménez. Los subordinados de Calleja se las enviaron desde Chihuahua en donde se las separaron de sus troncos respectivos. Y Calleja al recibir las nobles cabezas de cuerpos tan generosos escribió lo siguiente al virrey Francisco Javier Venegas: «... he mandado con todo el aparato posible, para que el pueblo vea y escarmiente, sean expuestas en cuatro jaulas de hierro suspendidas en los cuatro ángulos superiores de Granaditas.» Y allí permanecieron suspendidas las cabezas, en el estado que puede comprenderse, hasta el 28 de marzo de 1821. ¡Diez años!

En aquella época tampoco faltaron escritores como Jacinto Benavente y Alfonso Junco que tildaran a los mexicanos de desalmados, de chusma encanallada, de indecentes, de gente sin ideas. ¡De qué «piedad cristiana» —ya no digamos humana, simplemente —podían hablarnos ayer Calleja y su monarca, y hoy Franco-Millán Astray con sus portavoces literarios Benavente, Junco y otros que no nombramos que tan peregrino concepto tienen de la decencia!

Hasta aquí, todo cuanto han sabido exponernos los hombres de la Iglesia, encierra únicamente el deseo de hacerse eco de una inquietud creciente y la invención de desvirtuar la base y origen de la crisis para salvar aquello que sea posible.

Las organizaciones de la producción, los hombres del trabajo deberán tomar conciencia de la vasta maniobra de engaño, que una vez más preparan los expertos sociales al servicio del Vaticano.

Una vez más, la convicción de la necesidad de una transformación absoluta de las estructuras hace cuerpo día a día en la inmensa cohorte de los desheredados. Y como el problema es universal sólo universalmente puede resolverse.

Pero la universalización de las soluciones tropezará con las alambradas tendidas por los Estados, limitadores del principio de humanidad.

Su desaparición es, pues, premisa fundamental y condicionadora de la solución a la crisis social. Mientras el Estado exista, el Capital no podrá desaparecer. De aquí que sólo el anarco-sindicalismo ofrezca, como solución natural, la posibilidad de la realización revolucionaria permanente que construya sobre las ruinas que hoy se amontonan.

JOSE MUÑOZ CONGOST

De Jacinto Benavente a Miguel de Unamuno ¡cuánto va moralmente! Este desde la más tierna infancia ya ponía de relieve lo agradecido, lo decente, lo bueno que demostró ser al fin de sus días. Recuerda con emoción, con cariño, con agradecimiento, «el liberalismo del indiano», lo mejor que «a México debió» Miguel de Unamuno, como afirma en las palabras que transcribimos del mismo escritas en Salamanca cuando contaba setenta y un años de edad, casi un año antes de morir como si no quisiera que el siguiente bello recuerdo quedara ignorado. Y lo hacemos público, con sumo gusto, en particular por ser en México que hoy hablamos de él: de Unamuno que murió defendiendo la Libertad, a la España Quijote que nosotros defendimos unos años más en el interior y continuamos defendiéndola en el exterior: en el frente ético e intelectual.

Miguel de Unamuno escribió: «Apenas me acuerdo de mi padre, que murió teniendo yo seis años; pero sus recuerdos de familia van unidos a México. Porque mi padre Félix de nombre, salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a México, a Tepic, a hacer fortuna. Volvió ya maduro, casado con su sobrina carnal, mi madre, y dejó a ésta, para educarnos, caudal de tradición mexicana y de un espíritu formado de noble liberalismo. En el álbum de familia de mi casa materna, entre los retratos de familiares vi siempre, desde niños, dos de ciudadanos universales y eran los de Abraham Lincoln y Benito Juárez. Y de los libros de la modesta biblioteca de mi padre, muchos eran de ediciones mexicanas. En una traducción de la Historia de México, del padre Clavijero, me ensayé en ir aprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mexicanas encendieron mi imaginación infantil a lo que se añadían los relatos mexicanos que mi madre retenía de lo que a mi padre había oído. Y aún se guarda en mi casa un precioso sarape, que hacía de sobremesa y cuyos vivos colores son como símbolo —de flores— que revistan el tejido de aquellos mis recuerdos infantiles de la tradición mexicana paternal. No sé si en México, en Tepic, quedará algún anciano, recuerdo de aquel Félix de Unamuno y Larraza, pero en mí, anciano ya, en la niñez del nacimiento de mi alma queda el resplandor remoto de aquel México que fue el educador de mi madre y por ella de mí, su hijo. Al liberalismo de Vergara, al de los amigos del país, se unió en mi hogar paterno el liberalismo del «indiano» que fue mi padre y es lo mejor que a México le debo.»

Palabras tan sencillas y emotivas, de agradecimiento, muy hondo y sentido, no las hubiera podido escribir Jacinto Benavente. Reflejan qué mo-

vía el pensar, el idealismo y la vida toda de Miguel de Unamuno: el impulso de sus sentimientos humanistas, la decencia que se ignora, su hombría de bien de lo que carecen todos los Calleja, los Franco y los Millán Astray, los Benavente-Junco y todos los defensores y propagadores de la anti-España.

No hay ser humano más humilde o sencillo, modesto, que el verdaderamente sabio, justo y bueno y que, por lo tanto, es *decente*, pero ignorándolo, sin darse cuenta que la *decencia* adquirida, por continuo obrar bien, forma parte natural de su conducta, de su vida toda. Y se comporta *decentemente* sin proclamarlo. Mas los sujetos que jactanse de ser los únicos «decentes», hasta desde las columnas de la prensa —como Benavente y Junco—, puede asegurarse que ni pizca tienen de tales, y podemos aplicarles, con mucha razón, el siguiente pensamiento de George Bernard Shaw: «La decencia es la conspiración de la indecencia.»

Exactamente: el franquismo que en España no es «clase social», como dice Benavente, sino anti-social casta militar que todo lo militariza o pulveriza, fue la «conspiración de la indecencia» consentida por toda la «política indecente». Y se alzó con el fin de acabar con lo *decente* de España: con el quijotismo libertario, con lo indestructible de la misma por ser lo que la caracteriza. De esta verdad van dándose ya cuenta los propios franquistas. Saben que la España Quijote acabará venciendo.

Los admiradores de Jacinto Benavente, mal informados sobre las cosas de España, no pretendan convencernos que su estilo es el mejor estilo literario, de bien decir para no ofender, pues las «verdades» dichas a medias son más ofensivas y dicen poquísimo en favor del sujeto que no tiene el valor humano de decir las completas y claramente. Nosotros lo decimos sin ambages, enteramente: «En España sólo hay dos clases sociales: las personas decentes y las indecentes». Benavente dice que «había decentes... y de las otras».

Cualquier psicólogo imparcial al leer las comentadas palabras de Jacinto Benavente y llegar a los puntos suspensivos, dejando inconcluso su pensamiento, dirá que se proyecta, como decimos nosotros, que el vacío que deja entre las mismas expresa el «vacío» de su propia existencia, de su ser psíquico y mental, su falta de valor humano y social, su carencia absoluta de conciencia moral superior, su inferior nivel psicológico, la inmensa cobardía de la vida de un hombre sin categoría humana.

Abundan todavía las personas atraídas por la literatura que usa gran número de elementos estéticos puros aunque esté vacía de buenos sentimientos y pensamientos como lo está la vida de un literato que a veces la llena un tanto —como Benavente— de fingida bondad, como usa el engaño el pescador o el cazador de patos, muy inteligentemente, para aumentar las posibilidades de obtener presas, caza y llenar el bajo vientre.

Los sujetos atraídos por las «deslumbrantes» apariencias son sorprendidos, fácilmente, por los «engaños» literarios, y hasta se rebelan en este caso diciendo: «Sí, pero Jacinto Benavente no es un

«engaño»: es un verdadero Premio Nobel de Literatura que, vivo o muerto, da brillo y valor a la causa franquista que abrazó.»

Nadie más inmerecidamente que Benavente pudo ni puede recibir tal premio o exhibirlo, con tanta ostentación, como hizo más tarde. Su conducta posterior negó el derecho que se creyó tendría al mismo. Nos referimos al derecho social, moral y humano, y no al literario. Si Nobel viviera se avergonzaría habérselo concedido por no perseguir Benavente fines de paz y de humanización del hombre. Se lo dieron al que terminó haciendo de su vida toda y de la literatura grotesca caricatura... o ya era sólo esto pues, al parecer, solamente logró ocultar, unos años su, íntima y verdadera estructura psicológica. Cuando a los cincuenta y seis años de edad recibió el Premio Nobel de Literatura ya no podía ser más que lo que mostró ser después de satisfacer su ambición, su inmensa vanidad: poseer el precitado premio traicionando su propio sentir y pensar.

Al leer esto los literatos del franquismo es seguro que alterándose, nos griten, sin sentirlo la inmensa mayoría, simulando indignación, puramente literaria (?), porque son mentes tan deshumanizadas como la de aquél o más:

—¡Sacrilegos, insensatos que os atrevéis a remover y enlodar la memoria de Don Jacinto Benavente gloria de las letras españolas!

(Imaginamos, según nosotros mismos sentimos, la reacción psicológica que estas palabras, pronunciadas por los defensores de la anti-España, produciría en el Pueblo español, de acuerdo con su psicología quijotesca.)

Apenas el eco de la protesta airada de los franquistas se apagaba... un rumor de humanos se inicia que va elevándose, ¡elevándose! hasta oírse claro un clamor de voces de las personas *decentes* de todas las regiones hispanas que responden, como una sola voz, a los villanos:

—¡Qué dicen los malditos! ¡Qué claman y alegan los follones espadachines de la pluma, del «arma» más hiriente cuando es pagada y mal usada! ¡Qué pregonan los viles que ayudan a Franco, que ni una palabra pronuncian contra su señor «Amo», que, si mal lo sirven, los apalea y en cambio le lamen las manos; al que todo le alaban, aunque los tenga encadenados; que hizo asesinar a su padre y a su hermano en Alfonso Gaspar simbolizados, a Peiró, al «Quico», a Amador Franco, a Granado, a Delgado, a mineros asturianos y a miles de Quijotes por defender a España con heroico valor humano!

Estas y otras voces nos llegan de Hispania que sufre bajo la bota militar de la anti-España; nos parece oír las, desde el México libre, a través de nuestras «almas», llegándonos recias, vigorosas, sin que el ensañamiento liberticida logre ahogarlas, como si vibraciones telúricas, acompañando a las sensibles, nos alcanzaran gritándonos con rebelde, heroica e indomitable fuerza humana:

—Es todo lo valioso de esta tierra lo que habla; no hagáis caso de lo que digan escritores-alimañas; seguid luchando por el mundo defendiendo las verdades con todo lo noble de vuestras «al-

mas» que aquí, lugar de Hombres libres, con Quijotes, hoy maltrechos, mañana, con singular bravura, volverá a triunfar la verdadera, la nueva España.

—¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!, contesta el medioevo, por boca de Astray, con desespero.

Es el grito bestial que ansiamos cese, de la que salvación no tiene aunque todavía a la Humanidad hiere. Y la anti-España lo repite mil y más veces, pero fuerza pierden, y se apagan dominadas por el vigor de la España que habla, que no se amilana, que hacía todos los puntos cardinales su voz, propaga atravesando pueblos, cordilleras, llanos y mares, templada por tormentas de encendidas pasiones humanas, de todos los tonos universales, que no se ahoga con sangre, suprimiendo vidas y libertades. Y oímos su humano y recio mensaje:

—El régimen de Franco no podrá con nuestra España. Y aunque lo defienden plumas mercenarias y a hierro y a fuego, con todas las armas, con los hombres de pensar libre se ensañan, triunfaremos diciendo y defendiendo la Verdad con nuestras propias entrañas. ¡Viva el Quijote! ¡Viva la España libertaria!

Se hizo silencio en torno nuestro. Es de noche; todo calla y todo habla en espera del día que ilumine a la nueva España. ¿Qué nos hizo sentir, más que oír, su universal latido? El coincidir con los hombres que luchan contra el franquismo y desmienten a los escritores que con aquel gritan desahoradamente:

—¡Benavente es gloria de la literatura hispana!

—¡Mentira!, hoy simboliza, si acaso, a la anti-España —contestamos al unísono todo lo sano y bueno, lo telúrico y lo «espiritual» de la hispanidad esforzada.

Pensamos qué les contestaría, a «ilustres» escritores cucaños, el español iletrado, pero despierto, campechano y dadivoso que, si confianza os tiene, no regatea el buen humor ni las palabras. Lo hablaréis en cualquier región hispana dispuesto a decir, sin alterarse, con mucha calma, más de una verdad amarga, verdades como puños que todo lo malo alcanzan, como nadie en el mundo sabe decir las por mucho que domine su lengua o sepa de gramática castellana.

En verdad ilustra el español avisado metido en sí por la fuerza de las «circunstancias» cuando le da por ser dichero, sin miedo a tomar la palabra, o calla y observa para hablar extensamente mañana después de obtener experiencias que lo hacen reflexionar y dar repuestas más sabias. Y si un bien le arrebatan, a su tiempo, oportunamente, lo reconquista, hablando o callando y «con el mazo dando».

Hoy nos parece ver sonreír, disipándosele, un momento, la tristeza por el mal franquista que sufre España, a ese tipo medio de trabajador de Cataluña, de Madrid, de Aragón, de Andalucía, de cualquier región española, de la ciudad, de la tierra o del campo, capaz de dar cien a uno de ventaja a muchos presuntuosos intelectuales y ganarlos, por su ingenio innato y buen sentido, opinando

sobre los problemas políticos y sociales planteados en territorio hispano. Si algo le preguntan no se apresura a contestar. Está escamado con tantos policías y confidentes, por Franco pagados, que a hombres rebeldes encarcelan, sin que cesen de asesinar a firmes amantes de la libertad.

El español rebelde, de pocas letras, que trabaja casi de sol a sol para no morir de hambre bajo la férula del enano de El Pardo, en estos tiempos, más que en pasados, averigua si no tratan de sorprenderlo, de «atraparlo», y más si la pregunta que le hacen es sobre la situación que vive el Pueblo en la España actual. Haciéndose el desentendido hará más de una pregunta a su vez para, mientras, con suma cachaza, por los gestos, las miradas y la voz descubrir la sinceridad de los interrogadores, su verdadero interés y qué se proponen. Y si se convence que únicamente contraste de ideas pretenden hacer o sólo pura información buscan al contestar lo exacto lo cabal boquiabiertos quedan hasta los sabihondos actuales de la Lengua Castellana que la usan —salvo honrosas excepciones que contamos con los dedos de una mano— en malos menesteres. Manejada por los sujetos mercenarios, que con ella comercian, a expensas del régimen franquista, vale menos que la más bella de las matronas que, en el ejercicio de meretriz, a mil o a más sujetos se ha entregado: usándola sin remedio cuerpo y «alma» os «ensuciáis».

Escritores que ansiosos de conocer la verdad sobre España la recorréis y, en pleno campo, a sujeto campirano encontráis. Su apariencia de palurdo avisado atrae vuestra atención. Preguntadle lo que más os inquieta, lo que queráis. Si cree que en vosotros puede confiar, que os mueve inquietud leal, saliendo de su mutismo, a los bienintencionados que, por error, tanto ensalzan a Benavente les dirá:

—Señores sabios de la Literatura, del bien decir que no significa, forzosamente, del hacer bien, pues mal con aquéllas muchos sujetos han hecho y todavía harán: un casi iletrado, pero con un corazón tan ancho, tan ancho que parece querer reventar de amor a España, os dice: a mí me importa más el contenido moral o bueno de las cosas, que el amplísimo continente de muchas otras, que todas las inmensas «fealdades» que puedan con bellas palabras expresarse y que, por bien presentadas que sean, constituyen puras formas literarias de necesar o de defender maldades —como la del franquismo— que no cesan de hacernos mal. Vale más, lo poco que pueda aprovecharse, ser útil y bueno, en cualquier sentido de la vida individual y colectiva, que pilas de cosas o de letras, en este caso, que por muy bellamente que se amontonen para nada sirven o peor al perjudicar a la mayoría de los seres humanos.

—¿Pero qué nos dices, en concreto, sobre Jacinto Benavente que, al parecer, ignoras es Premio Nobel de Literatura? —lo interrumpe, preguntándole, un escritor impulsivo e impaciente que interesado en conocer su opinión al respecto explica al camésino qué significa obtener tal galardón y cuál

fue la cantidad de dólares que recibió el premiado.

—Calma señores, que a eso voy... Primero quería deciros cómo pienso y siento sobre el decir y el hacer para orientar y basar más firmemente mi respuesta. Por estos andurriales como en las grandes ciudades hispanas sabemos que no es igual «predicar que dar trigo». Y de Benavente sé, por ustedes mismos, que el premio le fue, monetariamente, muy provechoso y sé lo que hizo y dijo fuera y desde el interior de España contra la Libertad. Ahora bien, si es gloria de las letras españolas, si es lo más valioso y grandioso que ustedes pueden expresar, lo que más vale, expresando toda la «piedra filosofal», si no se les ocurre que valga más que eso, como oigo y compruebo, por sus propias palabras, pues quédense con todas sus letras que falta alguna nos hacen a mí ni a España.

Un académico de la lengua más liberal interesado en que continúe hablando el despierto aldeano y exponga lo que él siente y no se atreve a decir en alta voz lo interrumpe otra vez diciéndole:

—No exageres tanto —y obtuvo inmediata y contundente réplica.

—No exagero; es la verdad. Al fin y al cabo las letras son puros signos que tienen mucho que ver con una palabrita que aprendí hace unos días: con la **empatía**, con la impresión que los objetos y las cosas inanimadas nos producen, que **no sienten** con uno, es decir, entre una y otra persona o entre más individuos humanos, pero directamente, y por una y otra persona o entre más individuos humanos, pero directamente, y por lo que expresan las letras más sentidas por Benavente, impresas en revistas y diarios que he leído experimento gran repulsión. Yo me quedo con la **simpatía** hacia el «Quijote» y sus actitudes humanistas, con la gran emoción que me une a la España quijotesca, a mi España que vale más, mucho más que el arte por el arte, las letras por las letras y expreso mi profunda antipatía a la conducta observada por Benavente contra la España sin par que, por decente y buena, le ha tocado sufrir más.

Y como si, al parecer, ya nada o poco le quedará por decir, el campesino, concretando, en particular, su hondo **sentir**, que era y es el de la Es-

paña misma, se despidió de sus interesados oyentes diciéndoles con serena reciedumbre en el gesto y en la voz, y con la llaneza y claridad que más de un académico de la lengua quisiera poseer para exponer su pensar:

—Y ¡agur!, señores literatos, que la tierra me espera para hacerla fructificar, y los que escriben no mueran de hambre; pero no dejen de redactar, pues si sus letras, en adelante, aunque sean pocas, sirven para enseñar, además de lo Bello, la Verdad y el Bien a toda la Humanidad entonces si que valdrán tanto como mi trabajo o más.

¡Qué importa que el Premio Nobel de Literatura no puedan ganar! Ganarán condición humana, conciencia moral y el aprecio de España que a Cervantes le dio inmortalidad. Pero si de esas valiosas letras no se deciden a pergueñar entonces les digo: más vale que vayan al campo, al taller o a la mina a trabajar. Ya he dicho. ¡Para qué decir más! ¡Abur!

Satisfecho de haber expresado cuanto sentía, sin proponérselo su lógica sencilla, natural, sin complicaciones literarias, filosóficas ni científicas, dejó sin saber qué responder y preguntar más a los literatos que, atónitos, quedaron reflexionando sin torpe amor propio ya, creciendo a sus ojos el valor del campesino audaz que buena lección les dio. Este empezó a alejarse lentamente... Todos lo siguieron como atraídos por el «iman» de sus palabras, sabias por humanas, por muy nobles y humanas, escuchando las últimas, rotundas, que parecían pronunciadas por la España eterna, en la hora actual:

—¡Bah! Benavente... las letras y las armas del franquismo... ¡Qué más da! Contra España nada podrá. Por algo sus verdugos tiemblan al convenirse que la fuerza bruta no los sostendrá, que ésta se les agota al carecer de sana «espiritualidad». Y es que así es mi Pueblo que lucha y trabaja: quiere vivir dignamente, con Libertad, y si la pierde vuelve a conquistarla, hasta que la asegurará sin que Franco ni un millón de «francos enanos» lo puedan evitar. Por algo es la España Quijote que admira y ama la Humanidad que, algún día, su ejemplo seguirá.

F. OCANA

(Continuará)

La tensión y la libertad significan riesgo.
Pero sólo con tensión, con riesgo y con
libertad hay vida verdaderamente humana.

J. L. RUBIO "Desarrollo Sindicalista"

¿Hay una sociología humanitaria?

El problema del hambre en la sociedad contemporánea

LOS conflictos internos de los regímenes actuales continúan expresándose agudamente. El concurso de la técnica, como sociólogos y humanistas habían supuesto, no ha alumbrado el equilibrio social que se esperaba. A más de las incompatibilidades de clase, la discriminación de raza, y la existencia de oligarquías económicas, el grado deficitario de alimentos, en la clase que siempre lo soportó, muy poco se ha reducido de lo que era antes de la Segunda Guerra mundial.

Tras el holocausto humano sin precedentes, se aseguraba para nuestro género plenitud de dicha. Varios factores tenían que resolverse rápidamente; el más apremiante, el hambre, estaba en primer lugar; continúa estándolo, no obstante haber transcurrido veinticinco años desde la terminación de la gran conflagración. ¿Es que no hay capacidad productora en nuestra población contemporánea? Otra es la verdad. El mal está en los métodos de producción y en los sistemas de distribución. Si esto no se cambia, si no se supera, el hambre continuará haciendo sus estragos, matando a una gran parte de la Humanidad, e inhabilitando, para obras magníficas, a una considerable proporción de nuestros semejantes.

La O.N.U. ha fracasado en su empresa: no le ha interesado la equidad social; en el mejor de los casos ha demostrado una incompetencia que la hace acreedora de grandes responsabilidades. Amplias zonas de población siguen siendo diezmadas por la carencia de alimentos elementales; y por esa misma razón, esas zonas son viveros de las peores y más eliminatorias enfermedades.

Los resortes puestos en juego para superar tantas deficiencias han fallado; el hambre sigue siendo el aguijón que atormenta, motivo de intensas actividades en clínicas, hospitales, centros de dementes y tribunales. Si se centra el pensamiento, hasta los límites donde los hambrientos tienen su presencia, se hallará son legión las personas que moviliza esa plaga.

A pesar del tormento y de los desaciertos, debidos a la élite que lleva el timón social, la Humanidad no ha renunciado a alcanzar la satisfacción primordial de la vida. Tendrán que aceptarse nuevos rumbos de desenvolvimiento, sin duda oponiéndose al signo y consigna de intereses privados, pero esas necesidades perentorias del hombre han de resolverse. La capacidad de producción alimenticia actual, vis a vis de las estrictas necesidades, no es deficitaria; lo afirman las estadísticas de alimentos que se levantan del suelo, del mar, y las elaboraciones de artículos muy diversos. Con la salvedad,

que por la premisa de sentido comercial —anti humano en más del cincuenta por ciento— en que orienta sus actividades el mundo presente, el hombre no puede desarrollar sus facultades creadoras.

«Un campesino puede producir 39.300 calorías por día en América del Norte, lo que permite alimentar bien a 4 habitantes. En Europa occidental puede alimentar convenientemente a 5,7 habitantes, produciendo 14.250 calorías. En Extremo Oriente produce solo 3.270 calorías, lo que apenas supone una nutrición insuficiente a 1,3 habitantes.»

Los anteriores datos, proporcionados por R. Masseyeff, nos permiten conclusiones muy valiosas. Desde luego que no podemos coger como tipo medio de producción agrícola el que señala de Estados Unidos; tampoco, en la nutrición, la cantidad de calorías que a cualquier pueblo determinado pueden ser suficientes. Hay una variación de necesidades alimenticias, no solamente de unas a otras zonas demográficas, sino que también de hombre a hombre. La conclusión básica que ofrecen las investigaciones científicas es, que el mínimo indispensable que una persona necesita, para acreditar goza de normal nutrición, son 2.700 calorías.

El hecho de que un campesino norteamericano produzca alimentos para casi catorce personas, no supone un privilegio que los demás pueblos no puedan alcanzar. Otros continentes, y mismamente el americano, tienen tierras tan fecundas como las de Estados Unidos. La clave del problema está, para arrancar el máximo de rendimiento a la tierra, y al esfuerzo del campesino, en aplicar al cultivo los elementos modernos de que actualmente se dispone. Esto tendría la virtud, de que generalizándose la producción, el pan y los demás artículos indispensables no faltarán en ningún hogar ni a ningún hombre.

¿Cuál es la realidad de este problema? Muy dolorosa: «El 60 % de la población mundial dispone de menos de 2.200 calorías por individuo, lo que significa que el 60 % de los hombres pasan hambre. El 13 % se encuentra en estado prefabémico, con una ración que varía entre 2.700 y 2.200 calorías. Solo el 27 % tiene una ración que excede a las 2.700 calorías.» Lo cual nos indica, que apenas una cuarta parte de la población come lo suficiente.

Esta confirmación, revelada por expertos en la materia, encierra una tragedia que pretenden desfigurar. Si se señalan 2.700 calorías por persona como grado normal de alimentación, tal vez se piense que las 2.200 puedan soportarse sin efectos desagradables. Esa conclusión es falsa. Al indicar que «el 60 % del población mundial dispone de menos de 2.200 calorías», debe comprenderse, que en ese «menos» hay toda una graduación cuyo bajo

nivel llega hasta 1.500. Nos proponemos, oportunamente, señalar las zonas demográficas sometidas a esa cantidad nutritiva.

Tiempo ha procuramos captar gran parte de cuanto se viene propalando sobre «alianza para el progreso», «ayuda a los países subdesarrollados», «protección a la infancia», «guerra a la pobreza», y «combate contra las enfermedades». ¿Qué realidad han tenido todos esos alardes? Juzgue el lector por los datos que estamos aportando, todos de procedencia oficial. El día cinco de abril, «El Día», rotativo mexicano, en su primer plana, y con grandes titulares decía: «El hambre en América latina es fermento de rebeldía social.»

Seguida de ese epígrafe hallamos una información sucinta. La lanza a la publicidad la F. A. O. y el B. I. D., como resultado de un estudio efectuado conjuntamente. Ambos organismos, señalando la necesidad de evitar males mayores, y como advertencia que no debe caer en saco roto dicen lo siguiente:

«El hecho de que por lo menos 100 millones de latinoamericanos padecen hambre es explosivo, por que esa hambre crea un fermento de rebeldía social que amenaza la convivencia en incluso la paz internacional.»

Esa cantidad de hambrientos es tan verídica como insólita. ¿Podrá creerse por gentes que viven en otras latitudes que no son americanas? Tal vez no. Sin embargo, la evidencia de las pruebas no deja lugar a dudas. Tomando como punto de referencia las cifras de producción agrícola por habitante de antes de la Segunda Guerra mundial, la investigación reciente ha dado como conclusión, de que «la agricultura produce, en América latina, un 7 % menos que hace 25 años, y que se dispone de un 3 % menos de alimentos.»

Dado ese resultado, cuyas causas serían fáciles de hallar, a nadie puede sorprender viva desnutrida la gente de este continente; pues a excepción de Argentina y Uruguay, cuyo consumo, promedio diario, es de 2.860 y 2.980 calorías respectivamente, el del resto de la población latinoamericana solo alcanza 2.323. A esto hay que añadir, según pruebas conscientes de laboratorio, que la calidad de alimentos, de quienes están en el más bajo nivel, «se encuentra muy por debajo de la considerada como buena.»

Pero, ¿hay alguna perspectiva inmediata de resurrección favorable en la zona que nos ocupa? No; el panorama es desconsolador. «En el periodo de 1963-64 se registró una baja de alimentos de 101 a 99, en comparación con el lapso 1962-63, completando así un total de 11 puntos desde 1959, con relación al periodo de la pre guerra.» Y esto se constata, no obstante las exportaciones que Latinoamérica hace de alimentos a otras regiones del mundo, cuyo monto alcanzó el año pasado 500 millones de dólares, y a pesar de que las disponibilidades actuales de nutrición, por habitante, son de una superioridad insignificante a las que tenía en 1939.

Dada la afirmación que hacemos al principio, consistente en que hay suficiencia de alimentos para nutrir a la población actual, con la impresión

que deja el estado en que se halla Latinoamérica parecerá incurrir en contradicción. Nuestra afirmación se derriba de los datos que poseemos de orden general; pues al trasponer los límites latinoamericanos, en la misma América, el problema adquiere matiz más halagüeño. Es por lo que, en apoyo de lo que afirmamos, y con el fin de abreviar decimos, después de lo mencionado de Argentina y Uruguay, que los excedentes alimenticios de Canadá son de 13 % a sus propias necesidades, y los de Estados Unidos de 19 %. Y esto, sin perjuicio de que en esos países también haya gente que pasa hambre.

El desequilibrio social que mantiene el capitalismo es muy peligroso; puede degenerar en graves alternativas. Las modernas estructuras estatales abandonaron su sentido original; se han compatibilizado con la alta banca, con el comercio de grandes vuelos; la redención de los hambrientos quedó como hipótesis. Lo elemental de las necesidades populares, que ya no es problema de esfuerzo, y sí de administración y de consciencia, continúa sin resolver.

A las alturas históricas que hemos llegado, el problema del hambre debería avergonzar a quienes rigen los destinos humanos; es problema que no debería existir. Desde los lugares de mayor esplendor, de más abundancia, se llega a otros muy lejanos con cargamentos de fuerzas militares y de elementos bélicos. Para estos menesteres, los aparatos de locomoción más modernos, de mayor rapidez y de más seguridad, se ponen en acción; van a nutrir las trincheras de los grandes intereses; los hambrientos, de tierras lejanas o cercanas, ¿para qué interesan?

Los argumentos que arguyen no pocos próceres de la economía política son falsos. Habida cuenta del desarrollo demográfico de post-guerra internacional, los alimentos que se producen son suficientes para que nadie pase hambre. Y tenemos la seguridad, que sin sacrificar vidas, sin aumentar el esfuerzo humano, el grado de producción alimenticia puede alcanzar proporciones muy superiores. Todavía hay muchos recursos, particularmente en la agricultura, que para salvaguardar los intereses privados, de casta, dormitan en la infecundidad. He aquí, a continuación, un dato de la O. N. U. que mucho nos ilustra sobre el particular:

«...Europa occidental representa el 3 % de las tierras emergidas y posee el 30 % de los alimentos del mundo. Casi las tres cuartas partes de los víveres del globo son utilizados por Europa, U.R.S.S. y América del Norte que, reunidas, solo representan la tercera parte de la población mundial. En trágico contraste, Asia, que tiene la mitad de la población mundial, solo dispone del 17 % de los alimentos.»

¿Qué responden a esto los economistas oficiosos? Tal vez en otra oportunidad hablemos de Australia y Nueva Zelanda. Ahora solo diremos que, por conveniencias del gran comercio, Canadá y EE.UU. han limitado la producción de trigo.

SEVERINO CAMPOS

EL YERBAL PARAGUAYO

La reciente embestida de las oposiciones más o menos revolucionarias del Paraguay contra el dictador totalitario Moriño, hace pasar a las avanzadas de la actualidad al País del mate.

Que se eche al agua a un borrachón de faja azul con cordones de oro, no es emergencia que pueda helar el canto llano en la gorja a ningún mirlo corista.

Han caído en los últimos tiempos algunos césa-res criollos —Martínez, de El Salvador; Ubico, de Guatemala—; pero, quedan aún en América cuchilleros de esclavaje desollado a bejucazos, como Carías, de Honduras; Trujillo, de Santo Domingo, y Somoza de Nicaragua o su heredero.

Todos estos vendepatrias, bebedores de ron en bocal, han enajenado el Fisco de las subhumanidades que los padecen a los lobos rubios, destrozadores de carne negra en los plantíos piñeros de Hawai.

Si tales deshumanizados Divinos logran salvar la tocina que los forra, en las trifulcas que fatalmente habrán de sobrevenir, podrán irse a New York a hacer la boa y digerir los millones robados gobernando, y a repartirse en la Jauja de los negocios los dividendos de la empresa explotada en comandita con las «racketeer» del rascacielos y de la rasca cuanto se te ponga al alcance de las uñas.

Todo el rodeo asuncionista ha sido en la primera mitad de este siglo un quebrachal y un Circo Krone. El mate es para el Paraguay lo que el estafío para Bolivia, la banana para Centroamérica, el café para el Brasil y el «corned beef» para los argentinos. Es decir, el signo príncipe de riqueza de esas mesticerías.

El Paraguay es uno de los intrincamientos de etricación más difícil de la selva occidental y del matorral americano. Ríos de tinta, caldosos, enmaderados de serpientes, en que acecha el yacaré, se espatarran y pasman o extasian al sol. Cortan el delirio de una vegetación oceánica que puja en cohete, esteros y bañados ilimites; charcos, en que, aunque te mueras de sed, no te puedes amorrar a calmarla, porque los habita el ñandurí, y en cada trago te bebes una víbora.

El silvícola y el geodícola paraguayos viven en el monte mascando yuyuos. Se abrigan contra la intemperie con hojas de palma, que más que vestirlos, los desnudan. No pueden dormir sino de pie, porque donde se tumban, los devoran las hormigas guaycurúes. En las haciendas, el peonaje como lo-

cro o yopará, un bodrio de maíz, porotos, sebo y algún desperdicio de charque o cecina descompuesta. El embrutecimiento del indígena por el alcohol es tan calofriante, que se le hacen piedras en la cabeza, como al caburei, o seles pudre el cerebro y echan gusanos por la nariz. Con los huesos de los garaníes que han sucumbido en las yerbaterías y quebracherías del Alto Paraná, se podrían levantar unos Andes. Todo ese carnizal hay que cargárselo en el Debe a la Industrial Paraguaya y a la Mate Larangeira.

El yerbal es una mina, en la que el machete hace de pico, abriendo galerías como catacumbas en la ramazón casi tan petrificada como los filones hulleros. El mineral es el mate. El yerbatero, por un jornal contado en centavos, ha de rendir 8 arrobas diarias de producción, transportada a lomo a leguas de distancia por túneles de verdura sólida, chupando por miriápodos y fustigado por capataces, que cuando se cae de fatiga o de fiebre, lo levantan a puntapiés y a rebencazos.

Los cómitres, llamados troperos o repuntadores, van a caballo como Serrallonga, con la Colt al cinto y el rifle al hombro. En 10.000 kilómetros, que tienen de áreas algunas explotaciones, no hay un policía, ni un médico, ni una farmacia, ni un maestro. Al Juez más próximo lo tienen asalariado las Compañías. Como nadie acude voluntariamente a deslomarse a aquellos penales —Agatimi, Tebicuary Sur y otros centros cuyos nombres son un jeroglífico— se recluta brazos por medio de cacerías y arreos, como acosos de fieras salvajes.

No dando abasto las indias, merodean por Villarrica y Concepción enganchadores, que enrolan bohemia perdularia, haciéndole anticipos de fondos, insalvables en toda la vida. La desertión del yerbal está penada con muerte. Y al primer intento de fuga, truenan al cimarrón los fusileros de la Industrial o de la Mate, donde lo apiolan.

Cada tropero tiene a su cargo equis cabezas de aquel borregaje misérrimo y responde con la propia de las que guarda.

Bajo el sanjakato turcople de los jesuitas, era en el Paraguay la vida un suplicio menos tartaresco que bajo la tranca de las Compañías materas y el espolón de los Führers de plumas y los generales de pistola.

Angel SAMBLANCAT

(Agosto, 1947.)

VERSIONES

por DENIS

LA CORTESANA

ERASE una cortesana popular como una princesa de leyenda.

Todos los hombres de que se hablaba en el país habían sido sus amantes o aspiraban a serlo.

La descubrió un diputado, entre las modistillas de su mujer, y no descansó hasta que le hizo abandonar el trabajo. Al diputado se la arrebató un ministro, al ministro un banquero, al banquero un aristócrata, y al aristócrata el rey en persona.

Abandonó ella al rey, por un poeta que le prometía felicidad nunca gozada, y que le hizo perder, para siempre, toda esperanza en el hombre. Las promesas del poeta no podían cumplirse con el paso que ella había dado. Era a la amante del rey a la que quería hacer feliz. No a una mujer que se le echaba en los brazos, como si no abundaran mujeres así.

Hasta entonces, la cortesana se había dejado llevar por los hombres. Desde entonces, llevó ella a los hombres. Como juguetes. Riéndose, de todos, en sus barbas. Obligándoles a satisfacer sus caprichos, innumerables, apremiantes, abandonados apenas conseguidos para dar paso a otros.

Era un animalillo sensual, sin instrucción y sin gran inteligencia. Pero con un instinto certero, de ser primitivo, instrumento infinitamente más precioso que la inteligencia de sus cortejadores, como la mayor parte de nuestros contemporáneos a mitad muertos. Tenía ella vida para derramar sobre cualquiera, y de ahí su atractivo, su poderoso atractivo.

No era bella, lo que se dice bella. Poseía un encanto con ninguna belleza comparable. Era una criatura de sueño. Cuando miraba a un hombre, tenía ya ante sí un esclavo, para disponer de él a su antojo: iría a la Luna si tal era el deseo de la cortesana. No los enviaba esta a la Luna: los enviaba a comprar un automóvil, o un palacio, o una joya. Que al día siguiente había olvidado.

Pasaba de mano en mano dejando tras sí ruinas en montón: matrimonios deshechos, hijos abandonados, fortunas derrochadas. Y todo le era indiferente. No se juzgaba responsable de nada.

El pueblo, de donde era salida, la admiraba. Cuando aparecía en cualquier ciudad, formaba cortejo para verla. Era un espectáculo regio. Sus vestidos, sus joyas, sus coches, todo era motivo de comentario durante largo tiempo.

No tenía ella simpatía por el pueblo, ni por nadie. Ella misma no se tenía simpatía. Vivía la vida a que la habían arrastrado. Sin pensar en el ayer ni en el mañana. Ni en el hoy. Todo le era igual. Había creído una vez, una sola vez en el hombre. Le pareció tan miserable lo que descubrió en él, que todos fueron para ella, en lo sucesivo, objetos. Para jugar con ellos. Como quisiera. Se entregó a ese juego, sin propósito formado de en-

tregarse. Le fue agradable. Lo continuó. Hacía experimentos sin proponerse averiguar nada. Y lo que averiguaba, se sorprendía de saberlo ya. Nunca su instinto la engañaba. «Este será como un perro —se decía—. Este, como un caballo. Este, como un zorro.» No sabía comparar a los hombres más que con los animales. Y los acontecimientos venían a comprobar su juicio. Reía entonces, con una risa que parecía venir de los primeros tiempos, resonar en un bosque jamás hollado, alzarse en una tierra virgen.

Había corrido ya todo el mundo, ahora con un amante, luego con otro. No recordaba nada de lo visto. No había ido a ver nada. Ni le interesaba las catedrales, ni los museos, ni las ciudades centenarias. Había viajado porque sí. Todo lo que hacía era porque sí, sin causa, motivo ni razón.

Su vocabulario era escaso, de mujer del pueblo. No se cuidó de enriquecerlo. Le importaba un comino lo que, en ese sentido, y en todos, se pudiera pensar de ella. En sus viajes aprendió tal o cual palabra extranjera aquí, tal o cual otra allá. Las mezclaba con las escasas que conocía de su lengua, con acierto o de través, y todos decían que eso era un encanto más que añadir a sus numerosos encantos.

No sabía si Florencia estaba en Italia o en Norteamérica, ni si Nueva York estaba en Norteamérica o en Francia, ni le interesaba saberlo.

Jamás quiso dejar de ser lo que era. No tenía ningún deseo de instrucción ni de cultura, y no quiso gastar esfuerzo alguno en adquirir un barniz de educación. No sabía leer, ni danzar, ni cantar, méritos, para ella, sin mérito, puesto que se aprenden. No había más valor, a su juicio, que el que se tiene por sí, y este valor era en ella, para ella, incalculable. Le daba idea de él lo que los hombres hacían por ella. No hombres de poco más o menos, simples, primitivos, como ella: los primeros hombres del país, los más en alto colocados. Si el rey mismo se había arrodillado a sus pies, no tenía por qué aprender nada.

Alguna vez se sintió atraída por un hombre, dispuesta a darse a él. Con su instinto, pronto vio que se engañaría. En el fondo, llevaba una vida triste. Era como si atravesara un desierto. Siempre la rodeaban hombres en multitud. Los miraba por dentro y no encontraba nada en ellos, nada que ella juzgara grande. Deseo de poseerla, por lujo, o de explotarla. Deseo de lucirla, o de enriquecerse a su sombra. Algunos sabían fingir a la perfección el desinterés: eran los peores. Les comía la envidia, o la avaricia, u otra pasión mala. Estaban al acecho de una presa sobre la cual saltar. Miserables, miserables.

No tenía, en la situación en que la habían colocado las circunstancias, ocasión de acercarse a los hombres del pueblo, a los nacidos como ella. Los

sospechaba iguales a los que conocía. Con los mismos apetitos, menos disimulados tal vez. Deseos también de amante envidiada, de coches, de palacios, de viajes sin objeto, para que se dijera que habían estado aquí o allá. No quería averiguar si su sospecha era infundada. No quería tener otros desencantos, que temía fueran más dolorosos. El dolor que nos hacen los nuestros alcanza profundidades a que no llega el que viene de los extraños.

Las conversaciones de sus amantes, banqueros, o políticos, o aristócratas, con otros banqueros, políticos o aristócratas, le aburrían, cuando no las comprendía, y le repugnaban hasta la angustia cuando acertaba a descifrar su sentido. Le descubrían cuán lejos estaba de ellos, y cuán infimo era el desprecio que tenía por ellos.

Tropezó un día con un hombre que no la cortejó, que la miraba como a un pájaro raro, y tuvo en lo sucesivo largas conversaciones con él. Quiso él, más tarde, escribir cuanto ella le decía. Como un documento de costumbres contemporáneas. En el que se verían al desnudo personajes que en todas partes eran respetados y que no merecían respeto alguno.

El proyecto no cuajó. El porvenir de la humanidad, del que aquel hombre hablaba como fin de su trabajo, era para la cortesana objeto disparatado. La humanidad no merecía que nadie se cuidara de su porvenir. Merecía perecer. En un diluvio o de cualquier otro modo: una guerra, por ejemplo, a las que con tanto placer se entrega. Los hombres eran despreciables, y las mujeres no va-

lian mucho más que los hombres. Si ella se hubiera permitido el lujo de un amante pagado, la mujer más celosa se lo habría cedido. Le bastaría enviarle por él mismo cualquiera de sus vestidos, cualquiera de sus joyas, hacerle regalo de cualquiera de sus palacios.

Emprendió la cortesana, por capricho, como todo lo que hacía, poco después de fracasado ese proyecto, un viaje por el país. Se le antojó verlo todo, ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, sola. Tal vez así descubriría algo, no sabía qué.

Su llegada, en todas las ciudades, y en todos los pueblos, era precedida por su fama. En todas partes era esperada como un acontecimiento: como la llegada de una compañía teatral o como la visita de un ministro. Ya en la estación se encontraban todos los desocupados. Jamás se les presentaría otra ocasión de ver a la célebre cortesana.

Cuando iba a llegar a la ciudad en que había nacido, y que no tuvo inconveniente en visitar, una antigua compañera de taller, que quiso seguir su ejemplo, y que había ido a parar a un burdel, sintió deseos de verla. Tal vez la reconocería y la protegería.

Estaba la infeliz en el andén, en primera fila. Llegó el tren. Y del coche cama descendió algo inimaginable. ¡Qué prodigio de vestidos, de sombrero, de joyas! Se ocultó la antigua compañera de la cortesana —ya no quería ser reconocida ni protegida—, y exclamó, ingenua:

—¡Dios mío! ¡Cuántas veces se ha tenido que desnudar para vestirse tan bien!

EL CIRCO

A mis hijos.

El circo, niños, el circo
por la carretera viene,
con sus camiones repletos
Charlot con sus guantes blancos

Mansas parecen las fieras,
ya que fatigadas duermen;
el circo va a penetrar
en la ciudad de la nieve.

En la carroza gigante
un pigmeo se retuerce
con singulares piruetas
que a los niños enternecen.

Un gran tigre de Bengala
el hierro oxidado muerde,
mientras los monos de Hungría
van comiendo cacahuets.

Y la ninfa de Bizancio,
de color café con leche
muestra líneas de diamante
cubiertas con oropeles.

Siete corceles inquietos
hacen eses en la nieve
con herraduras de plata,
mensajeras de la suerte.

El circo, niños, el circo
por la carretera viene.

Lleva reyes y payasos,
atletas, osos, jinetes,
y una estela de alegría
que a la pena se parece.

Suenan tambores lejanos
en la tarde que se pierde,
y una capa de gris cielo
se extiende en el campo verde.

Charlot con sus guantes blancos
a una muñequita mece,
está ciega, calva y sucia,
¡y hay qué ver cómo la quiere!

Un domador despectivo
va saludando a la gente;
y el empresario, rechoncho,
parece un monstruo indolente.

Pero madre: ¿qué es el circo?
pregunta un adolescente...
..Una inmensa caravana,
larga como una serpiente.

Bella estampa de la vida
que en el tiempo palidece,
como una sombra en la noche,
que al día desaparece.

El circo, niños, el circo
por la carretera viene.
Este torbellino humano
se va, pero ya no vuelve.

RAMON LIARTE

El corazón

PARA el fisiólogo, el corazón es el órgano central de la circulación de la sangre, pero la palabra corazón ha pasado, del lenguaje del fisiólogo, al lenguaje del poeta, del novelista y del hombre de buen tono, con acepciones muy diferentes. El corazón sería también la sede y el emblema de los sentimientos más nobles y más tiernos de nuestra alma.

¿Deberá la fisiología arrebatarnos algunas ilusiones y mostrarnos que el papel sentimental que en todos los tiempos se ha atribuido al corazón no es más que una ficción puramente arbitraria? En una palabra, ¿tendremos que señalar una contradicción completa y perentoria entre la ciencia y el arte, entre el sentimiento y la razón?

El corazón recibe realmente la impresión de todos nuestros sentimientos, y, por otra parte, el corazón reacciona para remitir al cerebro las condiciones necesarias de la manifestación de esos sentimientos, de donde resulta que el poeta y el novelista que, para conmovernos, se dirigen a nuestro corazón, el hombre de buen tono que en todo instante expresa sus sentimientos invocando su corazón, se sirven de metáforas que corresponden a realidades fisiológicas.

A veces una palabra, un recuerdo, la vista de un incidente, despiertan en nosotros un dolor profundo. Esa palabra, ese recuerdo no podrían ser dolorosos por sí mismos, sino solamente por los fenómenos que provocan en nosotros.

Cuando se dice que el corazón es destruido por el dolor, existen fenómenos reales en el corazón. El corazón se ha parado, si la impresión dolorosa ha sido repentina; como la sangre no llega ya al cerebro, el síncope, crisis nerviosas son la consecuencia de ello. Se tiene, pues, mucha razón, cuando se trata de dar a alguien una de esas noticias terribles que trastornan nuestra alma, de no hacérsela conocer sino con miramiento. Sabemos por nuestras experiencias sobre los nervios del corazón que las excitaciones graduadas embotan o agotan la sensibilidad cardíaca evitando la interrupción de los latidos.

Cuando se dice que se tiene el corazón oprimido, después de haber estado largo tiempo en la angustia y haber sufrido emociones penosas, eso responde también a condiciones fisiológicas particulares del corazón. Las impresiones dolorosas prolongadas, llegadas a ser incapaces de parar el corazón, lo fatigan y lo cansan, retardan sus latidos, prolongan la diástole y hacen experimentar en la región precordial un sentimiento de plenitud o de estreñimiento.

Las impresiones agradables responden también a estados determinados del corazón.

Cuando una mujer es sorprendida por una dulce emoción, las palabras que han podido originarla han atravesado el espíritu como un relámpago, sin detenerse en él; el corazón ha sido alcanzado inmediatamente y antes de todo razonamiento y toda reflexión. El sentimiento comienza a manifestarse después de una ligera detención del corazón, imperceptible para todo el mundo, excepto para el fisiólogo; el corazón, aguijoneado por la impresión nerviosa, reacciona con palpitaciones que le hacen saltar y latir más fuertemente en el pecho, al mismo tiempo que envía más sangre al cerebro, de donde resultan la rubicundez del rostro y una expresión particular de los rasgos correspondientes al sentimiento de bienestar experimentado.

Así, decir que el amor hace palpitación el corazón no es solamente una forma poética, es también una realidad fisiológica.

Cuando se dice a alguien que se le ama con todo el corazón, eso significa fisiológicamente que su presencia o su ausencia despierta en nosotros una impresión nerviosa que, transmitida al corazón por los nervios neumogásticos, hace reaccionar nuestro corazón de la manera más conveniente para provocar en nuestro cerebro un sentimiento o una emoción efectiva. Supongo aquí, claro está, que la confesión es sincera; sin eso, el corazón no sentirá nada y el sentimiento no existiría sino en los labios.

Dos corazones unidos son corazones que laten al unísono bajo la influencia de las mismas impresiones nerviosas, de donde resulta la expresión armónica de sentimientos semejantes.

Los filósofos dicen que se puede dominar el corazón y hacer callar a las pasiones. Son también expresiones que la fisiología puede interpretar. Sabido es que por su voluntad el hombre puede llegar a dominar muchas acciones reflejas debidas a sensaciones producidas por causas físicas. La razón llega sin duda a ejercer el mismo imperio sobre los sentimientos morales.

La potencia nerviosa capaz de interrumpir las acciones reflejas es en general menor en la mujer que en el hombre: es lo que le da la supremacía en el dominio de la sensibilidad física y moral, es lo que ha hecho decir que tiene el corazón más tierno que el hombre.

La ciencia no contradice en modo alguno las observaciones y los datos del arte. Según yo, es lo contrario lo que sucederá necesariamente. El artista encontrará en la ciencia bases más duraderas, y el sabio hallará en el arte una intuición más segura.

CLAUDE BERNARD

NUEVA YORK

I

¡Nueva York!
Rascacielos de cemento,
que se empinan
por hurgar puntas de estrellas
con pajas de pararrayos...
Y las estrellas en fuga,
cielo adentro,
¡cómo suben y se alejan
de la Tierra, en Nueva York...!
¡Vean todos! ¡Vean! ¡Vean!
En lo alto del **Empire**
hay un loco encaramado,
que es de viento,
y ese loco canta coplas
de Manrique:

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir...»

No lo olvides, Nueva York:
El cemento es a la piedra
lo que el cristal al diamante.
¡Con cayadas,
se pueden hurgar estrellas
desde encima de una choza
de pastor!...
El cemento no hace altura.
El cemento es siempre **suelo**.
Si se eleva es que se alarga
hacia arriba, como un humo
hecho pasta. ¡Nada más!...

II

¡Vean! ¡Vean!
En un brazo desnudo,
el tatuaje de **Harlem**:
¡Negrería civilizada y pintoresca!
(¡Oh, hermanos de color!)

En su «living-room»
de un piso veintitantos,
el viejo **Tío Tom**,
tembloroso de miedo,
desdobra el periódico,
para leer
la noticia del último
linchamiento en el Sur...

III

¡Vean! ¡Vean!
Grandes puentes de acero
sobre ríos enormes
y medrosos,
con peces de metal.
con cañas de neurastenia...
¡Vean! ¡Vean!
Túneles bajo el mar.
Carreteras suspendidas
en el aire.
Portentos de ingeniería...
Mas te falta el milagro del Demonio:

Poemas de yanquilandia y de la muerte

por ALFONSO VIDAL Y PLANAS

¡Tú no tienes, Nueva York,
el Acueducto de Segovia!

IV

¡Vean! ¡Vean!
Wall Street, esa calle
de los bancos del mundo,
que muere en una plaza
que es viejo cementerio,
con lápidas
de inscripciones borrosas
y una iglesia central
dos veces centenaria.
¡La Vida y la Muerte dándose la mano
para tratar de un negocio muy serio!

V

¡Nueva York, déjame reír!
Profesores judíos
enseñando español en inglés,
y profesores españoles
enseñando en gallego el portugués.
¡Profesores, profesores, profesores,
bombardeando idiomas con gramáticas!

VI

Cafés llamados «cafeterías»,
sin rojos divanes
ni grandes espejos en las paredes;
sin un Verlaine de París,
ni un Emilio Carrère madrileño...

VII

Y tiendas inmensas de «a cinco y a diez»
¡Inmensas tiendas sin trastienda, ay,
para jugar al tute con el dueño!...

VIII

¡Nueva York!
Tabernas tristes,
con el cuervo de Edgar Poe e nuna jaula,
graznando: «¡Whisky! ¡Whisky!»,
en vez de «¡Nunca más! ¡Nunca más!»...

IX

Y, sin embargo, Nueva York,
¡cómo te amo y venero!
Porque la pupila
de tu ojo único de titán,
con que miras al mar y al cielo,
es la Estatua de la Libertad,
que espanta los siniestros pajarracos
de todas las odiosas dictaduras;
y porque la luna llena
sobre **Manhattan**
es una espléndida hogaza de pan blanco
para los emigrantes de todo el mundo...

Colgando los hábitos

~~~~~ RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE ~~~~~

(CONTINUACION)

El desgarramiento que había acompañado a mis primeras dudas se volvió, cuando consentí a mi propia luz, alegría de liberación. Examiné los otros dogmas sin amor y sin odio, como hipótesis que se me propondría de nuevo. Todo en ella me pareció ahora absurdo o verbalismo vacío. Mi paz se volvió tan completa que ya no tuve necesidad de hablar de mis opiniones. Las guardaba en mí como un tesoro querido que era peligroso mostrar. Continué, tareas necesarias y gestos indiferentes, con mis devociones aparentes, reducidas por cierto al mínimo. Estaba claro en mí, que no había de ser Sacerdote de la Mentira y del Error descubiertos. Pero hasta el bachillerato, había decidido callar mi decisión para no gastar mis fuerzas en inútiles combates exteriores. Tenía algo mejor que hacer.

Cada noche, entre mis sábanas, en vez de repetirme, como en otros tiempos, en lo que había aprendido en el día, ejercía alegremente mi espíritu crítico contra las altaneras mentiras de la Iglesia.

Otro desgarramiento me hizo sufrir y engendró también alegría y esperanza de victoria.

Mi vocación sacerdotal ya no era una barrera contra el amor, la invasora Elena ocupaba irresistiblemente todo mi corazón abierto. Todo en mí era desolación ante el negro recuerdo del bosquecillo, ante el sonido de las palabras despreciativas y que exilan. Pero el aplastamiento se alivió un poco, como así la humillación. A fuerza de pensar en ello, me di cuenta que aquellas opiniones crueles no significaban nada: las dos maliciosas muchachas, ¡no había duda!, se habían dado cuenta de mi preesencia y habían querido castigar mi curiosidad. En las grandes vacaciones, yo confiaría a mi madre, sino la pérdida de mi fe, al menos, con la desaparición de mi vocación religiosa, la fuerza duradera de mi amor. Le diría que palabras sorprendidas me habían por tanto tiempo desesperado y porque me parecían ahora menos desoladoras. Informada, mi madre, tan fina, bien sabría penetrar los verdaderos sentimientos de la adorada.

Colgando los hábitos (folletón)

Yo no puedo imaginar tiempo más feliz que aquellas tres primeras semanas de diciembre. Espíritu gloriosamente liberado y corazón ebrio de esperanza, yo marchaba, en un presente estudioso y alegre, hacia un porvenir de amor y de luz.

Por el placer de quejarse, para darse un derecho al enojo o para aplastarse hasta el rezo, los bebés de toda edad atribuyen una voluntad como la suya al guijarro que los hace caer o al conjunto de las cosas, a dioses celosos o a no sé qué Provi-

dencia cuyas malicias y las «vías son insondables». Esos niños incurables opinarán sin duda de que yo era muy feliz: ¿No era el famoso *hubris* mi alegría excesiva, aquel que irrita a las fuerzas ocultas, llamando a la desgracia, necesidad y establecimiento de equilibrio?...

El día antes de noche buena, Serafín vino a buscarme al estudio. Mientras que me conducía hasta su gabinete, me preguntaba si yo había tenido recientemente noticias de mi madre.

—Sí, señor abate he recibido su última carta anteayer.

—¡Y bien! mi pobre niño, desde entonces ha caído enferma.

La voz era triste hasta parecerse fúnebre. En un relámpago del espíritu, yo tuve no sé qué visión de ataúd y de cadáver. Herido en el corazón, exclamé:

—¡Ha muerto!

El golpe habiendo dado en el blanco, ¿no hubiese sido mejor que el abate hubiese confesado la atroz verdad? Tal vez su dulzura lo engañó, cuando lo hizo protestar:

—No, pobre niño (28), pero está enferma, muy enferma.

Ignoro si el proverbio de los grandes dolores es bueno para todo el mundo. Los golpes violentos e inesperados me precipitan en un silencio feroz. En el fondo de mi abismo mudo, lo que se dice no es más que resonancia sin significación y ruido indiferente.

El abate me había hecho sentar en un sillón. Yo oía vagamente hablar al inagotable y benevolente anciano. Los sonidos que mi memoria pasiva recogía como adormecidos, tal vez se despertarían más tarde, cuando me encontraría solo, algunas de las imágenes y las ideas con las cuales se alimentaría mi dolor. En mi ensueño golpeado, veo al abate levantarse, salir un instante, para dar una orden sin duda, hacer traer, creo bien, carbón para su estufa que no calentaba bastante. ¿Qué instinto me levantó, me precipitó hacia su escritorio en donde había notado que había un diario abierto?...

La rúbrica *Rognac* y mi patronimio me saltan, como se dice, a los ojos. Yo leo, en una pesadilla, que, el último domingo, mi padre y mi madre, yendo a la misa, han, en el paso a nivel que corta en dos al pueblo, sido atropellados por un tren. El señor Ner había sido transportado a su casa con heridas graves, pero que, sin embargo, ninguna parecía mortal. La señora Ner había sido

(28) Nótese el tratamiento cariñoso en francés, al decir «pobre niño» a un adolescente cercano ya a los veinte años.—Trad.

muerta por el choque tan grande y brutal que habían encontrado debajo de la locomotora su libro parroquial y su brazo derecho.

Cuando volvió el abate, había tomado de nuevo mi lugar en el sillón. Quiso recomenzar su preparación discursiva. Pero yo lo interrumpí:

—Es inútil, señor abate. Lo he leído todo.

¡Extraña reacción! Antes, estaba cierto de aquella muerte que se me negaba. Ahora, yo añadía, sincero:

—Ese estúpido diario se engaña. Pero no llego a descubrir el mecanismo de su error. Pero, en cuanto a que se engaña, estoy seguro.

Tuve una sonrisa descarada. E hice notar:

—Usted ve, señor abate, estoy sonriendo. Dios no permitiría que yo sonría, si me hubiese matado a mi madre. Y mientras iba a la misa aún...

El cura trató de explicarme que Dios no asesinaba. Dios hacía todo el bien y nada tenía que ver con el mal. Por lo tanto, sólo sentía una necesidad, la de estar solo. Me lancé hacia la soledad la más fácil de conseguir.

—Permítame, señor abate, de que me encamine hacia la capilla.

Lo permitió.

—Usted tiene razón, mi pobre niño. La piedad es el solo sostén para nuestras desgracias y la oración el solo consuelo.

Piedad, oración... El ingenuo Serafín se engañaba.

En un rincón, lo más posible alejado del altar, estaba allí de pie. Me apoyaba en los dos lados del ángulo. Con la cabeza baja, yo sufría, pensando en un sueño vago, en una pesadilla flotante. Bruscamente sentí como que se me rompían las piernas y fui a sentarme al último banco.

Vivía en mí un recuerdo, que había expulsado hasta entonces a veces como impío, a veces como terrible e inútilmente doloroso. Recordaba la muerte de mi pequeño hermano León y qué grito me había despertado en la noche. Oí cómo blasfemaba mi madre. El asombro de entonces y la inquietud desaparecían ahora. ¡Ah!, comprendía muy bien. Mi madre nunca había estado tan lúcida y tan noblemente humana como aquella noche. Cuánta razón tenía en no perdonar al infame que, puesto que es todopoderoso, es el solo responsable de todos los crímenes, de todos los sufrimientos y que El podría, y debería pues impedir. Monstruoso verdugo que engendras niños en el dolor, los haces crecer temblando, ¡y luego los arrancas a las madres agobiadas! ¿Cómo, madre, habías tú olvidado aquella luz cruel? ¿Cómo habías tú de nuevo caído en las rutinas de los rezos? ¿Cómo habías tú adormecido tu corazón y tu razón hasta el punto de cesar de maldecir al Malhechor Infinito?

—Ignoble Torturador —decía yo a media voz—, Crueldad demencial, Organizador de los milagros idiotas que cuenta el abate Lemoulin, ¿no podías hacer tú pasar aquel tren un minuto más tarde o retardar la llegada de mi madre? ¿No podías tú?...

Dos hipótesis fáciles y que no exigían verdaderamente ni la todopoderosidad, ni una bondad por encima de lo mediocre, se sucedían en mi espíritu.

Pero yo me pregunté en seguida: ¿el Asesino de mi hermano León y de mi madre, el Asesino Universal existe? Sería en verdad demasiado bestia y demasiado mala el creerlo. Dios, tú no eres el Gran Verdugo estúpido; tú eres la Gran Mentira.

Madre, madre, ¿por qué no has comprendido definitivamente, cuando murió el pequeño León, que no hay tal Dios? Tú no te habrías encaminado hacia esa absurda misa cantada por el astuto cura y tú vivirías.

Me vino una especie de locura. Me levanté. Me fui hacia el altar. Y dije, esta vez con alta voz:

—Si tú existes, Creador, tú eres el infame, el cobarde enemigo de tus criaturas. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Jesús que quiere que se le llame Padre, estúpido inventor de la muerte y del sufrimiento porque te habrían robado un fruto, porque se habría desobedecido a una orden arbitraria.

Mi puño golpeó la puerta del tabernáculo.

—Mamá, ahí adentro no hay nada, nada más que un ridículo trozo de yeso. Jesús murió como tú e igual que tú o Lázaro, no ha resucitado. Murió desesperado gritando: «¿Padre, padre, por qué me has abandonado?» ¡Y bien, pobre Jesús! Sólo tus discípulos te han traicionado y abandonado, puesto que el Padre Celestial no ha existido nada más que en tus sueños.

Un poco calmado por esta salida, retrocedí hasta el primer asiento, dejando caer en él al pequeño cuerpo nervioso que sólo era heridas de desesperación. Mis ojos quemaban sin lágrimas. Feroz, desgarrado y empujado por cada uno de mis pensamientos, me deslizaba de la blasfemia tórrida a la negación apasionada; pero la negación me aplastaba por su novedad, saltando en seguida hacia los alivios gritones y a los furores románticos.

Al día siguiente, aplastado con insomnios y pesadillas, me entregué de nuevo, como si nada hubiera producido en mí ni fuera de mí, al paso monótono y pacificante de las horas. A pesar de las distracciones a cada instante crispadas y a menudo victoriosas, ensayaba estudiar.

Mi actitud interior ante Dios a veces negaba y a veces injuriaba o deificaba, lo cual no me impedía de soñar con la supervivencia de mi madre. El impulso de mi sueño levantaba o surcaba olas en el océano, vidas alternadas en la eternidad. Yo estaba en el surco oscuro y mi madre ascendía por un sol inefable. Ella brillaba, claro centro de una radiación. Luego el sueño se perdía en imprecisiones informulables, en flotamientos de luces lividas por instantes, pero que, en otros minutos, difundían un glorioso deslumbramiento. Jamás en esas visiones mi madre dejaba de verme, de amarme y de guiarme. La querida voz, tan bien reconocida, prodigaba consuelos, esperanzas y consejos. Ella exigía que yo llevara con valor, sufrimiento y abandono solitario; mi duelo, ella lo quería bastante profundo para que no fuera púdico, para que se volviera celosamente invisible hacia los indiferentes, hacia los odiosos condolientes. Sobre todo, ella quería que yo trabajase.

—Yo he siempre trabajado. Haz como yo, hijo mío.

Ella me volvía a decir un párrafo de Montaigne que yo había encontrado ya no me acuerdo dónde y que se lo había repetido con admiración: «Yo quiero... que la muerte me encuentre plantando mis coles, abandonado de ella, y aún más de mi imperfecta huerta» (29).

El abate Lemoulin entró en la sala de estudio. El buen hombre, torpe, me felicitó por mi aplicación. Mi silencio lo miró con un aspecto tan feroz que sus banales benevolencias entraron en su garganta y se encontró sin saber qué decir.

Venía a apuntar los nombres de los que oficialían en la misa de medianoche. Se asombró de no verme levantar la mano. Cuando terminó por anotar a las buenas voluntades espontáneas, se acercó a mí.

—Yo os inscribo, naturalmente —me mermuró—. —No.

Comenzó en voz baja un marchitado sermón sobre Jesús solo consolador y sobre los méritos de la comunión que yo aplicaría al alma de mi madre. ¿Es que llegaba yo a contener, durante aquella palabrería, los gestos de quien incomoda la

obstinación de una mosca? Cuando cesó el irritante zumbido, respondí, conservando con gran esfuerzo un tono frío y bajo:

—He dicho que no y es que no.

—¿Por qué? Pero, ¿por qué?

Yo dije con sorna, con la voz siempre baja, pero más áspera y más desgarrada:

—No me encuentro en estado de gracia.

—La confesión os pondrá en ella. Lance lejos de usted el fardo del pecado, más aplastante que el del duelo.

—Yo no quiero confesarme.

—Usted, ¿un futuro sacerdote?...

Mi voz se elevó entonces un poco y, igual que se escupe, dije:

—Yo no seré sacerdote.

—¡Chit! ¡Chit! —dijo—.

Y se alejó para evitar el escándalo. El creía que mi caso era solamente una irritación pasajera. El espeso bornisiano comprendía solamente, ¡por fin!, que no se juega al azar con las plagas recientes.

HAN RYNER

(29) Ensayos, I, 19.—H. R.

(Continuará.)

Soy español... también

«...cien lebreles, diez pajes y un castillo.»
E. López Alarcón.

1
Soy español. Tengo los huesos crudos del árbol que arraigó en la piedra viva; con gusto de impotencia, mi saliva remoja en mi garganta muchos nudos.

La cruz de mi señor, de labios mudos, subyuga mi ignorancia a la deriva. Y en mi pecho, la soledad me priva de cubrir el pudor de mis desnudos.

Poseo... ¡No poseo ni esperanza de escapar de estos yugos que, en mi suerte, sujetan las conyundas de tiranos!

El solo privilegio que me alcanza es morir alegrándome en la muerte donde encuentre el refugio de sus manos.

2
Rétole al cielo en su celeste altura, y reto al mando que me impone, oscuro, el deber de callar ante lo impuro, la gracia de cantar en mi amargura.

Pregunto a mis silencios qué locura prendió en mi ser el mal del que no curo,

y oígame llorar, cuando murmuro a causa del pesar que en mí murmura.

Mis brazos se mantienen como teas prendidas bajo el viento huracanado, abiertos como ramas de nogales.

Consúmenme inquietudes en ideas; me brotan gritos nuevos y un alado perfume de presencias estivales.

3
¡Tengo en el mundo mi mejor morada bajo cielos de paz, resplandecientes; un mensaje de amor vivo en las fuentes que saltan de la voz iluminada!

Visto la sencillez viril, alada, de los hombres que alzaron con sus frentes rehechos corazones, limpias mentes y una mano al hermano preparada.

No poseo más don que el que la Vida me ofrece a cada instante. Y a su brida engarzo, con razones, corazones.

La Eternidad me ensancha y me engrandece y me induce a ensanchar, mientras se ofrece, estrechos corazones. con razones...

M. R. V.

Imp. des Gondoles, 4 et 6 rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gerant E. Guillemau, Toulouse Hte. Gne.

POETAS DE AYER Y DE HOY

El hombre del Taca-taca

A Cosme Paules, ese hombre...

Circula en la luz vital
del limpio y fragante nardo
un alma que deja el fardo
de pecado original
Así, a su luna de alpaca,
va triunfante al ideal
del hombre del «taca-taca».

Los niños, los niños puros,
puros de afanes y risas,
ponen luz en las cornisas
de estos parajes oscuros.
Y cual pájaros de laca
ornan, radiantes, los muros
al hombre del «taca-taca».

Corre el mundo empecinado
hacia sombrías callejas
de unas pasiones tan viejas
cual quien las corre abecado.
¿Quién no toca su maraca
si está por ello pagado?
¡El hombre del «taca-taca»!

La Vida es más que la Luz;
pero la Luz da la Vida
a quien alcanza su brida
bajo el cielo abierto, en cruz,
sin cosa dura ni opaca.
¡Y así floró la testuz
del hombre del «taca-taca»!

Registra la tarde un grito
estentóreo y siniestro.
Todo muere con lo nuestro
haciendo polvo el granito.
Más ved qué sereno ataca,
nuevo en verdades, al mito,
el hombre del «taca-taca».

Colmóse de amor la flor
que en su tiesto cultivaba.
Nadie a su fuente llegaba
para beberle el amor.
Pero en un mar sin resaca
dió la esmeralda color
al hombre del «taca-taca».

¿Quién ignoró su destino
de pretensiones groseras?
¿Quién cerró a sus primaveras
puerta, ventana y camino?
¿Quién perfumó como albahaca
su rastro de peregrino?
El hombre del «taca-taca».

Del ruido mundanal
y mundanales ofertas

huyó olvidando, por muertas,
ilusiones de metal.
Y cambiando de alharaca
dejó sombrío su erial,
el hombre del «taca-taca».

Los demás hombres se fueron
en pos de plata y orgías;
así mataron sus días
y así en sus días murieron.
En verdes pastos se aplaca
el corazón que zahirieron
al hombre del «taca-taca».

Yo lo quisiera imitar
con renunciás y desvelos;
ver el color de sus cielos;
su pan humilde gustar...
¡Y tener la blanca jaca
que monta en campo sin par
el hombre del «taca-taca»!

Los niños iluminados
abrieron todos, con trinos,
unos parajes divinos
en sus ojos renovados.
¡Cómo se mece en su hamaca
de claros montes violados
el hombre del «taca-taca»!

Es feliz en su mansión,
si tiene limpia la estancia,
quien adquiere la fragancia
de un modesto corazón.
¡En qué modesta barraca
vive su viva canción
el hombre del «taca-taca»!

Horas de pan y de miel,
infinito en pequeñeces.
Paga la altura con creces
al que en alto vive fiel.
Y esa eternidad se achaca
al Amor, que amor es él,
del hombre del «taca-taca».

Toca zambomba o violín,
pandereta toca o flauta.
¡Que ya hay quien marque la pauta
por el musical confín
con una humilde carraca!
Así canta en su jardín
el hombre del «taca-taca».

Esta es la fiesta mayor
que goza el hombre en su día:
buscar al alma alegría
haciendo frente al dolor.
Porque lo que así se saca
bien lo tiene, y a porfía,
el hombre del «taca-taca».

Abarrátegui

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

Babitt	5,00 fr.	Civilización del trabajo y de la libertad ..	6,30 »
Bacón, Remusat	6,00 »	Cómo he curado mi tuberculosis	1,50 »
Barret (obras completas, 3 tomos)	22,00 »	CNT y el porvenir de España (la), A. Paz..	1,00 »
Bancarrota del marxismo, Carbó	2,00 »	Coacción moral (la), Mella	0,50 »
Bajo la media luna, Hamsun	2,50 »	Conjugación gramatical	6,00 »
Baroa azul	2,00 »	Corazones y motores, Relgis	4,00 »
Bases, Alberdi	2,00 »	Congreso constitutivo de la CNT	1,50 »
Batalla, Farrere	2,50 »	Compañera (la), Meersch	3,00 »
Barco varado (el)	1,50 »	Contrabandistas (los)	6,00 »
Batalla de arápides (la)	2,50 »	Confesión de Claudio	4,00 »
Ben-Hur	4,00 »	Conciencia y conocimiento	6,00 »
Berceo	3,00 »	Comuna (la)	1,50 »
Benjamin Franklin, Gibbs	3,80 »	Crítico como artista	3,80 »
Biografía sacra, Franco	1,70 »	Crecientes de primavera	7,00 »
Billete de lotería, Verne	2,00 »	Cronología de S. Martín	5,60 »
Blanquito, Viñuales	0,70 »	Crónica de un revolucionario, Vallina ..	3,30 »
Bolchevismo y anarquismo, Rocker	2,00 »	Crepúsculo en Italia	7,00 »
Boberías, Plaza	1,00 »	Criaderos de curas	2,00 »
Brebe historia de Francia, Guerard	4,30 »	Crimen del silencio	3,00 »
Brebe historia de la Anarquía, Nettelau ..	4,30 »	Crisis del socialismo (la), García Pradas ..	3,00 »
Brebes apuntes sobre las pasiones huma- nas, Mella	0,50 »	Crimenes del obispo, Vandine	6,00 »
Buen mozo, Maupassant	4,00 »	Creadores (los)	2,00 »
Buey suelto, Pereda	3,00 »	Cria del potro	1,00 »
Buey suelto, Pereda	6,00 »	Crítica anarquista de la sociedad, Oiticica.	1,00 »
Busca de un millonario (en)	3,00 »	Crimen de la guerra	2,00 »
Buenas rutas (IIº tomo)	3,00 »	Cumbres borascosas	3,00 »
Carballeira Raúl	1,00 »	Cuadro del cáncer	6,00 »
Cafliostro	3,00 »	Curso de clasificación y archivo, Carrio ..	10,00 »
Capitán Blood	3,00 »	Cultura y civilización	6,00 »
Capitán de 15 años	3,00 »	Curandero (el)	4,00 »
Cadena Perpétua	3,00 »	Culto al árbol	5,00 »
Cádiz, Galdós	1,80 »	Cultura hispanoárabe	2,50 »
Cánovas	2,50 »	Cumbres de pasión	7,00 »
Carlos VI	2,50 »	Cuestión sexual (la) (tres tomos)	16,50 »
Cinco semanas en globo, Verne	3,00 »	Cuatro naufragos	3,30 »
Cita con venus	3,00 »	Cyrano de Bergerac, Rostand	4,00 »
Cinco hombres en Francfort	3,80 »	» » »	2,50 »
Cooperativismo puede evitar la guerra, Warbasse	1,50 »	» » »	8,50 »
Comicios históricos de la CNT	2,00 »	Decepción	6,00 »
Corte del hacha (el)	3,00 »	Diluvio	11,00 »
Conoci China en otoño	7,00 »	Dientes del dragón (los)	0,60 »
Coloquios, Erasmo	4,00 »	Determinismo y libertad (folleto)	10,50 »
Copérnico y su tiempo	7,00 »	Dinastía de la muerte	3,00 »
Comunidad de los grandes espíritus	3,00 »	Divina comedia (la)	3,00 »
Cosecha del Dragón	8,50 »	Dos años de vacaciones	3,00 »
Clara llamada	8,50 »	Dos mil leguas de viaje submarino	3,80 »
		Dorotea (la)	3,50 »
		Despeñaderos del habla	3,80 »
		Diario	2,50 »
		Duendes de la camarilla (los)	2,50 »
		Donell (O')	3,00 »
		Divina comedia (la)	

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)